

Última Oportunidad

Ivory Angers

Serie Oportunidad I

Última oportunidad
© 2013, Aitziber Vílchez

Primera edición: Marzo 2014

Imagen de cubierta: Aitziber Vílchez
Fotocomposición: Aitziber Vílchez

ISBN: 978-1494960940
Registro SafeCreative: 1.401.109.797.010

Licencia Creative Commons (CC)
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0

(CC) Algunos derechos reservados

Esta obra puede ser libremente distribuida siempre que se reconozca a su autora. En ningún caso se puede modificar la obra, ni el documento en el caso digital, ni tampoco se pueden crear derivaciones de ninguno de ellos, sin el permiso expreso de la autora. No está permitido —bajo ningún concepto— el uso comercial del material, derecho sólo reservado a la autora.



Nota de la autora

Quiero aclarar, en primer lugar, que la siguiente novela no corresponde con nuestra realidad. Aunque haya conceptos que puedan concordar con ella, en el libro no siguen nuestras bases históricas, ni científicas.

Con esto, quiero puntualizar que las teorías sobre viajes temporales y todo su funcionamiento, no se basan en las que hay planteadas aquí.

Asimismo, el concepto de magia del que se habla en el libro es el de magia sobrenatural, no el sugestionado. Por tanto, sus fundamentos no se rigen por los conocidos, ni por los establecidos en los distintos folclores.

Para hacer más cercana la historia, he empleado la distribución histórica de los clanes que existe registrada para utilizar sus clanes por ubicación. Todo lo relacionado con ellos más allá de su localización en este mapa, no corresponde con la realidad.

Por último, los nombres de los personajes de esta novela son ingleses y gaélicos, por lo que su pronunciación no tiene la fonética castellana. Así, el nombre Iris, al ser en su versión inglesa, se pronuncia *Ai-ris*, y no *I-ris*.



Fig.1.: Mapa de distribución de los clanes escoceses en las *Highlands*. Fuente: Wikipedia. Basado en «Clan Map of Scotland» de «*The Scottish Clans & Their Tartans*», W. & A.K. Johnston, 1939.

Prólogo

*Tierras MacRae,
Escocia, año 1320*

—¿Por qué estáis aún aquí?

Después de casi dos meses de estancia, Iain MacRae, jefe del clan MacRae, había decretado la expulsión del pequeño grupo celta que se había hospedado en las cercanías del poblado de su clan.

No eran personas particularmente alborotadoras ni causaban grandes molestias. Por eso, Iain les había permitido quedarse durante un tiempo antes de continuar su camino. Pero este singular grupo había traído consigo un gran problema: Eimhir, la única hija del hombre que ahora mismo tenía ante él.

Se había encaprichado de él desde el mismo momento en que lo había conocido. Había declarado que pretendía casarse con él y no había cejado en su empeño de conseguirlo. Le había sido imposible desengañarla de esa idea, y por supuesto, de ahí derivaba el conflicto que tenía ante él.

Lo que menos necesitaba Iain ahora mismo era pensar en una esposa. Sin haber llegado a sus veinticinco años, Iain había tenido que asumir el liderazgo de su clan tras la muerte de su padre. Se encontraba en una posición difícil. Siendo sus tierras extensas y prósperas, y aprovechando la conmoción por la muerte del anterior jefe, varios clanes colindantes con sus tierras estaban asediándoles en distintas escaramuzas. Debía consolidar su posición, algo que había estado haciendo durante los últimos meses y, para conseguirlo, no podía perder el tiempo en minucias como la búsqueda de una esposa.

Y a pesar de tener una reputación que haría temblar hasta el más valiente, esa mujer le había perseguido y acosado de la peor forma. La última: hacía poco más de dos semanas se había colado en su habitación y él la había despachado en su mejor intento de evitar que algo así se supiera, con la consiguiente confrontación con su familia. Después de aquello, Iain no había tenido más remedio que echarlos antes de que Eimhir cometiera alguna otra locura y su clan acabara en malos términos con alguien como Albion.

—Ayer tuve una conversación con mi hija Eimhir después de informarla de nuestra marcha. Me dio un motivo por el que no podíamos irnos y fue suficiente para detener nuestros planes.

—No puedo imaginar cuál podría ser el motivo —replicó Iain con sarcasmo. Todo el mundo estaba enterado del interés que ella mostraba hacia él. Aun así, le dejaba sorprendido que Albion tuviera en consideración los caprichos de su hija hasta el punto de contradecir una orden suya. La única persona que contradecía sus órdenes desde que fue un guerrero capaz era su padre y por motivos obvios. Permitir que alguien le contradijera sería plantar las semillas para la desconfianza

en cuanto a su capacidad como líder. Y él no podía permitir que algo así sucediera.

Pero por la expresión que tenía Albion, Iain entendió que el motivo debía ser otro más importante. Se temía que se hubiera enterado de aquel incidente y Eimhir lo hubiese adornado para conseguir lo que quería. Por mucho que Albion fuera un druida de grandes habilidades y reconocido por su gente, no iba a permitir que le acusaran de la posible deshonra de Eimhir.

—Hace tres días, Eimhir se enteró de que está embarazada.

Iain se congeló en el sitio. Malo era utilizar la artimaña de la deshonra, pero un embarazo... Estaba asombrado de a los límites a los que llegaba esa mujer por conseguir sus propósitos.

Miró a su derecha donde seguía en pie su hermano menor. Al igual que él, se había quedado rígido. Y podía saber perfectamente la razón: nadie querría tener este tipo de afrenta con un druida. Los rumores acerca de su magia pocos los habían podido confirmar, pero él no quería ser uno de ellos.

Puesto que la conversación tomaba un rumbo delicado, Iain se pensó las palabras antes de decirlas. Quería aclarar ese malentendido sin alterar al hombre.

—Si has venido hasta aquí para decírmelo, he de suponer que Eimhir afirma que el padre es un hombre de mi clan.

Albion asintió una vez despacio mientras le miraba fijamente. Un escalofrío le recorrió por la espalda. Podía ver con claridad que él era el objetivo de esa conversación, pero si Eimhir en verdad estaba embarazada, él no era el padre. Lo que más deseaba en estos momentos era que Eimhir simplemente hubiera mentido y que no se le ocurriese haber ido con cualquier hombre buscando un embarazo que adjudicarle a él.

Eso ya sería lo más bajo. Y si antes no tenía pensado atarse a Eimhir, menos después de semejante artimaña.

—¿Conoces la identidad del padre? —preguntó con cuidado, y con el mismo calculado gesto, Albion volvió a asentir.

—Ella dice que tú eres el padre —le acusó sin ambages.

—Miente. —La respuesta salió de sus labios antes de que pudiera pensarlo. Aunque ya se lo temía, no pudo reprimir expresarla en cuanto lo escuchó. Estaba siendo acusado de algo de lo que no era culpable y no iba a consentir que esa manipuladora lo atrapase.

—¿Llamas a mi hija mentirosa? —Albion empezaba a alterarse. En ninguno de los días que su gente había estado en las tierras MacRae, él le había visto otra actitud aparte de la serena habitual. Era un hombre sabio y de grandes consejos que rara vez se equivocaba. Pero ahora lo hacía. Había sido engañado por su hija y él no iba a pagar las consecuencias.

—Si eso es lo que te ha dicho, sí, miente —afirmó él—. No he tenido ese tipo de contacto con Eimhir, y si es cierto que está embarazada, el padre es otro hombre.

—¿No estuvo acaso contigo hace dos semanas, justo antes de expulsarnos? —Albion siguió antes de que Iain pudiera replicar—. Sé que Eimhir se ha encaprichado de ti y que te ha estado persiguiendo a pesar de censurarla. Sé que

fue ella la que vino aquí...

—Y se la echó de inmediato —interrumpió Aodhan. Teniendo en cuenta su carácter impulsivo, se había contenido más de lo esperado. Sin embargo, no era de extrañar su actitud pues nadie querría enfrentarse a una situación semejante con un druida celta—. Dos de nuestros hombres se encargaron de llevarla de regreso a vuestro campamento.

—¿Y quién me asegura que él no la deshonró y después la envió al campamento? —dijo señalando a Iain. Su tono de voz empezaba a estar cercano a los gritos. Intentando calmar la conversación, Iain habló en un tono sereno.

—Le juro por mi honor que no toqué a su hija. No puedo darle ninguna otra prueba.

No surtió efecto. Su rostro empezó a desencajarse por los signos de furia.

—No vas a responsabilizarte de tus actos —escupió Albion—. ¿Dejarás que mi hija viva en la deshonra?

—¡Tu hija se ha deshonrado ella sola! —exclamó su hermano—. Si es verdad que está embarazada, exígele que te confiese la auténtica identidad del padre. Iain no la ha tocado. Siempre ha intentado apartarla y todos hemos sido testigos de ello.

Ciertamente, el tono era ofensivo. Albion había entrecerrado sus ojos mientras miraba con furia a Aodhan. Pero el volátil autocontrol de éste se había esfumado y la ira e indignación por la argucia de Eimhir estaba sacando su mal carácter. Iain no podía permitir que la conversación subiera de tono o no saldrían bien parados de aquello.

—Aodhan —dijo conciliador—, puedo defenderme solo.

—¡Esto es un ultraje, Iain! —rugió él en cambio ignorando sus palabras—. Nadie de nuestro clan permitiría este tipo de conducta. —Se giró hacia el anciano—. ¿Qué crees que le haría nuestro clan si dejaras aquí a una mujer que consiguió acorralar mediante un embarazo falso a nuestro jefe? No tendría el respeto ni el apoyo de nadie y...

—Aodhan, basta. —Esta vez, habló con más contundencia. Esto estaba yendo demasiado lejos. Albion, a pesar de ser un hombre mucho menos corpulento que Aodhan y más viejo, tenía todo el aspecto de querer echársele encima.

—Albion, yo no toqué a tu hija. Y mi única defensa es que siempre —remarcó intentando dar más peso a su explicación— me responsabilizo de mis actos. Si realmente hubiera una mínima posibilidad de que el hijo de Eimhir fuera mío, asumiría mi responsabilidad. Pero esa posibilidad no existe y no me haré cargo de las consecuencias de otro hombre en este tema.

Iain intentó ser convincente. Tenía unas ansias tremendas de retorcerle el cuello a esa mujer y estaba tan furioso que, si estuviera delante, lo más seguro fuese que lo haría y después, dejaría que su padre obtuviera la verdad de los labios de Eimhir.

—Trae a tu hija ante mí y veremos si repite sus mentiras —le retó.

—¡No necesito que me repita otra vez la historia! ¡Eimhir está destrozada por lo que le has hecho y no permitiré que la amenaces para que cambie sus palabras y

así librarte de lo que le hiciste! —protestó colérico viendo que Iain no tenía intención de responsabilizarse de sus actos—. Quiero un matrimonio para mi hija y que mi nieto nazca legítimo.

—Ni se te ocurra intentar obligar a mi hermano a un matrimonio —amenazó Aodhan—. ¡Nadie de nuestro clan permitirá que suceda algo así!

—¡Entonces, también condenaré a vuestro clan por esta humillación!

—¡No te atrevas a meter a mi gente en las sucias maquinaciones de tu hija, viejo! —Iain se levantó de su asiento intentado intimidarle con su estatura y fuerza. Siendo como era un hombre alto y musculado por el duro entrenamiento al que se sometía a los miembros de su clan, realmente Iain era un hombre a temer sólo con su presencia—. ¡Eimhir te ha mentido y no eres capaz de verlo! ¡Me acusas de un acto despreciable y ni siquiera abres tu mente a la duda!

—¡No permitiré que sigas calumniando a mi hija! —Albion estaba furioso. La voz le temblaba de la rabia contenida e Iain tenía tantas ganas de clavarle una espada como de retorcer el cuello a Eimhir—. Si no obtengo una compensación por ello, atente a las consecuencias.

—¡Maldito viejo! —exclamó Aodhan avanzando hacia él—. Te atreves a venir a nuestra casa y acusar a mi hermano. No sois bienvenidos aquí, marchaos antes de que tomemos represalias.

Albion avanzó hacia la mesa en un intento de interponerla entre él y Aodhan. La conversación estaba totalmente fuera de control por las ofensas recibidas en ambas partes, pero antes de que Iain tuviera la oportunidad de calmar sus ánimos para después relajar la conversación, Albion se había arrancado el colgante.

—¡Pagaréis por esto! —les espetó—. Todo vuestro pueblo maldecirá este día.

Para horror de Iain y Aodhan, Albion comenzó a hablar con gran cólera en una lengua extraña mientras añadía gestos en el aire. El temor que se ceñía a cada persona que se cruzaba con un druida furioso se agudizaba en ellos sin tener la menor idea de a qué atenerse.

Consternado, Aodhan se quedó paralizado en el sitio mientras veía a Albion formular lo que se intuía como un maleficio. Para cuando reaccionó y le alcanzó, el druida ya había terminado de hablar.

—¿Qué has hecho? ¡Responde o te despedazaré aquí mismo y no quedará nada que tu gente pueda recoger de ti!

—¡Aodhan, detente! —Iain avanzó a grandes zancadas hasta llegar donde ellos. Separó a Albion de su hermano y, apresándolo con fuerza del brazo que sujetaba el colgante, le urgió a contestar a la pregunta.

—Tú clan está condenado a muerte y tú sufrirás mientras lo ves caer. Dentro de unos años, no quedará nadie que pueda llevar legítimamente tus colores —se jactó Albion—. Nadie ofende a mi familia y sale impune.

—¿Qué demonios has hecho? —Iain estaba haciendo un gran esfuerzo por contenerse y no seguir los instintos de su hermano y los suyos propios de acabar con el hombre. Su mente se dividía entre un temor supersticioso que no creía tener y la lógica acerca de que no se podía eliminar a un pueblo con unas palabras.

—Puesto que tu lujuria ha sido el desencadenante, nunca más podrás satisfacerla. Tu clan será dividido en dos y ninguna de las partes podrá relacionarse con la otra. Jamás podrás volver a hacerle esto a otra muchacha.

—¿Qué estás diciendo? —Aodhan frunció el ceño mientras lo preguntaba. A Iain también le estaba costando entender lo que decía, así que agradeció en silencio el intento de su hermano por conseguir una aclaración.

—Jamás volveréis a ver a una mujer de este mundo, al igual que vuestras mujeres no podrán ver a los hombres. Estaréis condenados a ver cómo vuestro pueblo muere sin nadie que os sustituya.

—Eso es imposible... no se puede hacer algo así. —Iain no podía creer esas palabras. Era inaudito que alguien pudiera hacer algo semejante, incluyendo a los druidas. Era algo que se escapaba de cualquier lógica o entendimiento.

—Sólo espera hasta mañana para comprobarlo —se jactó el anciano—. Pero en tu lugar, le diría a mis hombres que se despidiesen de sus familias.

Aturdido como estaba, Iain tardó en comprender que su hermano le había quitado a Albion del agarre. Siempre había sido muy impulsivo y eso le había traído muchos problemas en el pasado. Y aunque él era más comedido que Aodhan, no había podido evitar descontrolarse con las injurias de Albion y Eimhir. Lo último que hubiera querido era enfurecer al hombre, pero él no reaccionaba especialmente bien cuando se sentía acorralado. Y eso era lo que había estado haciendo Albion desde que había llegado.

Ahora mismo quería despedazarlo vivo. Sin embargo, una parte racional de su mente se filtró entre su furia para hacerle reflexionar. Los maleficios se rompían. Siempre había alguna forma de hacerlo y conseguiría sacárselo aunque eso fuera lo último que hiciese.

—Retira tu maleficio. —Aodhan tenía la sombra de querer asesinar al bastardo reflejada en sus ojos. Y si no intervenía rápido, se quedarían sin la posible solución.

—No puedo retirar una maldición. Se puede romper, pero no retirar. —Había triunfo en los ojos brillantes de Albion.

—¿Y cómo lo rompemos? —quiso saber Iain.

—No podéis si no pongo la condición. Y no lo voy a hacer.

—Pues si vas a destruir nuestro clan, al menos tú caerás con nosotros. Daré las sobras de lo que quede de ti a los perros.

Albion se horrorizó con esas palabras. A Iain le asombraba que después de semejante acción contra su clan, pensase que podría salir airoso. Lo mínimo que podría pasarle era tener una muerte rápida y, si realmente el maleficio se cumplía, no iba a tener tanta suerte. Si iba a hacer que su gente maldijese este día, conseguiría lo mismo para Albion; se encargaría de ello con sus propias manos.

—No podéis tocarme. Si algo me ocurriera, mi gente...

—¿Qué? ¿Nos matarían? —interrumpió Iain con tono desganado—. Porque sería mejor que tu maldición. Además que para ello, deberían conseguir que antes no los despedacemos uno a uno.

Albion intentó desasirse y salir corriendo, pero era inútil para un hombre de su

edad escapar de dos hombres en su plenitud. Aodhan lo agarró, lo empujó contra la pared y, sacando un cuchillo de su bota, se lo puso en el cuello. Había sido muy rápido, pero algo que se aprendía enseguida de Aodhan era que, a pesar de su juventud, no se jugaba con él.

—Espera, Aodhan. Si lo matas ahora, no podré disfrutarlo. —La ira y la venganza burbujeaba en su rostro. Nunca se había sentido tan impotente frente a un enemigo y éste ni siquiera tenía rostro. Si la maldición se llevara a cabo, toda la fuerza de su clan no serviría para nada.

Viéndose acorralado, Albion jugó su última carta.

—Pondré una condición a cambio de mi libertad. —Aodhan separó su cuchillo varios centímetros de la garganta de Albion.

—¿Qué condición? —preguntó Iain.

—Quiero tu palabra de que me dejarás libre si lo hago sin importar la dificultad para llevarla a cabo.

—Hace un momento no confiaste en mi palabra —replicó suspicaz—. ¿Qué te hace cambiar de opinión ahora?

—Es lo único a lo que puedo aferrarme. —El cuchillo de nuevo se acercó peligrosamente a su cuello—. Piénsalo. Vosotros tenéis más que perder que yo. Toda la gente de tu clan está bajo tu protección. Si me matas ahora, les habrás condenado a todos sin remedio.

Iain buscó la mirada de Aodhan esperando un consejo. A pesar de que él era el jefe, tenía muy en cuenta la opinión de su hermano y más en temas tan importantes como éste.

Pero al igual que él, sabía que no tenían elección: tenían que velar por la seguridad de su clan. Sin embargo, de una forma u otra, veían que el bastardo se libraría. Si todo esto acabara siendo un engaño, él sería libre sin consecuencias por ponerles entre la espada y la pared —algo que no le permitirían a nadie—; y si fuera verdad, el maldito se iría a cambio de alguna extraña condición.

Su instinto sabía que estaban cayendo en su trampa; le gritaba que no aceptara y al menos tendría el reconfortante sabor de la venganza. Sabía que la condición sería difícil y él tendría que dejarle marchar sin consecuencias. Pero si todo era cierto, al menos tendría una esperanza para su gente.

—Tienes mi palabra de que te dejaré ir.

Y entonces supo que se había equivocado. La sonrisa de triunfo volvía a estar en la expresión del druida. Al mismo tiempo, las puertas se abrieron mostrando a una sofocada Eimhir.

—La maldición se romperá el día en que nazca tu primer descendiente concebido a partir de mañana.

—¿Padre? —dijo Eimhir en un jadeo.

Apenas empezaba a comprender la trampa de esa condición cuando él abrió la mano y dejó caer el colgante.

—Ésta es mi voluntad. —Incluso su voz cambió al decir esas palabras.

—¡No! —gritó Eimhir con desesperación mientras se aproximaba tan pálida

como un fantasma. Se quedó mirando el colgante hecho añicos desperdigado por el suelo sin poder articular palabra.

—¡Esa condición no se puede cumplir! —gritó Iain cuando al fin entendió la trampa del anciano.

—Prometiste dejarme ir sin importar el tipo de condición que escogiera —comentó Albion con aire triunfador.

—¡Eres un maldito...!

—¿Qué has hecho? —A pesar de los gritos, el susurro de Eimhir se oyó claramente. Cayó al suelo mientras comenzaba a llorar.

—Vengarte —contestó su padre—. Nunca podrán volver a hacerle a otra muchacha lo mismo que a ti. Su clan ha sido separado hasta morir.

—Dios mío —susurró no pudiendo dar crédito a lo que oía. Eimhir se llevó las manos a la cara ocultando su horror tras ellas—. No, no, no... —se lamentó angustiada—. ¿Qué he hecho?

Albion se apresuró a consolar a su hija pasándole la mano de forma consoladora por la espalda. Aunque no pudiera aliviar la pena por su estado, siempre le quedaría saber que había vengado a su hija y con alto coste para los culpables.

—Tranquila, hija mía, tú no has hecho nada —la reconfortó—. Ya me he encargado de que paguen por lo que te han hecho.

Eimhir negó con la cabeza.

—Pero ellos no hicieron nada. —La congoja apenas la dejaba hablar—. Jamás pensé que llegarías tan lejos.

Albion dejó de acariciar a su hija y se puso rígido.

—¿Qué estás diciendo, Eimhir? —cuestionó con dureza.

—No pensé que les maldecirías. Sólo que vendrías a reclamarle y él aceptaría. Nadie te lleva la contraria. Yo sólo...

—¿Me mentiste? —Albion lo gritó. Su rostro se había desencajado.

—Padre, escúchame...

La bofetada que Albion propinó a su hija se oyó por todo el salón dejando tras de sí un incómodo silencio sólo roto por los gimoteos de Eimhir.

—Te dije la verdad y no me escuchaste —reconvino Iain enojado—. Ahora, mi gente tiene que enfrentarse a una maldición inmerecida. Si nunca has retirado un maleficio, te sugiero por vuestro bien que encuentres una forma de hacerlo.

Albion no reaccionaba. Miraba fijamente a su hija como si en ella viera al mismísimo demonio.

—¿Me has oído? —preguntó Iain impaciente.

—Me has traicionado —susurró Albion con voz lejana, como si no estuviera allí presente—. Te aprovechaste de mi confianza hacia ti para culpar a un hombre inocente, sabiendo que removería cielo y tierra por una ofensa hacia cualquiera de mi familia.

—No pensé que llegarías a esto —se excusó ella entre lágrimas—. En cuanto madre me dijo lo que te proponías, he venido para contarte la verdad. —Eimhir

rompió a llorar más fuerte—. Padre, por favor, perdóname.

—Jamás vuelvas a llamarme así. —Su voz se había convertido en hielo—. Me has engañado y la furia cegó mi mente. He sentenciado a todo este pueblo que hasta ahora sólo nos había mostrado su hospitalidad, por un capricho tuyo. Tendré que vivir con esto sobre mi conciencia el resto de mi vida.

—Padre...

—¡Cállate! —espetó furioso separándose de ella como si su sola presencia le enfermara—. Desde este momento, ya no tengo ninguna hija.

—¡No! —Eimhir se cogió de las ropas de su padre—. No puedes decir eso. Soy de tu misma sangre.

—Y nunca me había sentido tan avergonzado.

Albion se agachó para coger el colgante de su hija. Era un símbolo que llevaban todos los familiares directos de Albion y que debía señalar a qué familia pertenecían. Sin embargo, volvió a utilizarlo en otra clase de rito que horrorizó a Eimhir.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió ella desesperada.

—Puesto que eres la culpable de esta maldición, lo mínimo que se puede esperar es que tú también la cumplas.

—¿Qué? —Su voz sonó aguda por la sorpresa.

—Te quedarás aquí y sufrirás las consecuencias de tus mentiras —comentó imperturbable como si no estuvieran hablando de algo de gran relevancia—. Aprenderás una dura lección, como la que yo he aprendido hoy. —No dudó al dejar caer el colgante—. Ésta es mi voluntad.

En cuanto tocó el suelo, se rompió en pedazos igual que había ocurrido con el anterior, mezclándose con los trozos del colgante de Albion. Eimhir, soltando un grito desgarrador, se desvaneció ante la impresión de ser maldecida por su padre. En cambio, Iain se dio de cabezazos en su mente al darse cuenta de que era el dichoso colgante el que sellaba un maleficio. Ellos lo habían tenido todo el tiempo en sus manos.

Albion se giró e Iain pudo ver su arrepentimiento reflejado en los ojos. Aun así, su pueblo seguía maldito y él quería una solución.

—A tu pregunta, lo siento, pero no puedo deshacer una maldición —contestó apesadumbrado y comenzó a andar hacia la puerta—. Lo que en verdad lamento es que ni siquiera podéis romperlo. Y yo tendré que vivir con semejante culpa sobre mis hombros. Sólo espero que algún día podáis perdonarme aunque eso es algo que ni yo podré hacer conmigo mismo.

Y con esas palabras, traspasó la puerta dejándoles de pie en medio del salón de su fortaleza sin poder reaccionar, con una gran incertidumbre acerca de su futuro que Iain no estaba seguro de querer desvelar.

—Puedo ir tras él. Al menos nos cobraríamos venganza —dijo Aodhan.

—No te molestes —comentó Iain con una serenidad que no sentía—. Albion es un hombre justo aunque el amor a su hija le cegó el juicio. No hay mayor venganza que lo que ese hombre padecerá por su error. Elimínalo y sólo conseguirás aliviar

su carga.

Aodhan asintió aunque no se le veía muy contento con esa resolución. Miró a Eimhir, la cual seguía inconsciente en el frío suelo de piedra. Era una joven muy bella; pero por desgracia, sólo era un bonito envoltorio desperdiciado con el comportamiento de una malcriada. No es que fuera especialmente su tipo. Siempre le habían gustado más las pelirrojas, sobre todo si les acompañaban unas generosas curvas. Y si a eso se le añadían unos preciosos ojos verdes completando el conjunto de dicha mujer, mejor aún. Los ojos castaños de Eimhir no se parecían en nada a los ideales.

Sin embargo, debía reconocer que era una muchacha bonita y precisamente eso, junto con ser la única hija entre varios hermanos, le habían conferido ese horroroso carácter.

Y ahora, por culpa de él, estaban metidos en un buen lío.

—¿Crees que podría haber fallado? —preguntó su hermano acercándose hasta ellos—. Yo sigo viéndola.

Le costó varias sacudidas conseguir despertarla, pero lo logró. Eimhir se veía aturdida hasta que por fin recordó los acontecimientos anteriores.

—¿Qué va a ser ahora de mí? —se lamentó en un susurro tan bajo que incluso a Iain, que estaba a su lado, le costó escucharlo.

—Dime, muchacha, ¿hay alguna posibilidad de que tu padre falle con sus maldiciones?

—Nunca ha fallado —contestó angustiada.

—Entonces, reza por que ésta sea la primera.

Y como si de un mal augurio se tratase, un trueno se oyó en la lejanía tras sus palabras. Un trueno fuera de lugar en la que estaba siendo una tranquila y despejada tarde de primavera. Iain miró a través de la puerta entreabierta de la fortaleza. Unas nubes negras se iban congregando en el horizonte. El tiempo estaba cambiando y se avecinaba una gran tormenta para esa noche.

Una tormenta que nadie de su clan podría olvidar.

* * *

Reserva Galeland,

Antigua Escocia, año 2318

—¿Una cueva? ¿Éste es el maravilloso sitio que querías enseñarme? —preguntó Iris con sarcasmo. Sara se indignó.

—Es un sitio muy bonito.

—Sólo es una cueva. Un sitio oscuro, húmedo y con muchas rocas. Y si no andas con cuidado, puedes acabar con unas buenas heridas.

—Pero para eso he traído una linterna. —Iris puso los ojos en blanco mientras veía cómo sacaba una pequeña linterna de su mochila.

—Eres la chica más rara que he conocido.

—¡Ehh! —dijo Sara en tono ofendido—. No soy rara porque me gusten las cuevas. Además, está dentro de los terrenos de mi familia y todos mis antepasados se cuidaron mucho de dejarla intacta. ¿Cuántos lugares conoces tú que estén conservados de esta manera?

—Bueno, eso tampoco lo sabes. Quizás hace siglos la gente se paseaba por aquí antes de que tu familia se hiciera con ella.

Sara entrecerró los ojos.

—Mi linaje lleva viviendo aquí desde hace muchos, muchos años.

—Lo cual me lleva a lo sorprendente que es el que una familia posea su propia reserva.

—Te sorprendería lo que hace un montón de dinero —dijo Sara con el típico tono de voz de quien resta importancia a un hecho insólito para los demás.

Y realmente era insólito. No era muy común que una familia pudiera comprarse con su propio dinero una reserva. Éstas valían una fortuna y por eso siempre iban a cargo de los gastos del gobierno. Se podían contar con los dedos de la mano las familias con semejante logro.

Y la de Sara era una de ellas. Históricamente, su familia siempre había sido próspera. Habían invertido bien y se construyeron su red de empresas con las que terminaron por conseguir que el dinero les reventara de las carteras. Pero a pesar de que su familia llevaba generaciones siendo adinerada, la familia de su amiga era única en su especie. El dinero tendía a corromper a la gente y hacerlos prepotentes ante los demás. Sin embargo, Sara era una chica tímida y muy dulce. Al menos, ésa era la impresión que tenía de ella desde que la conoció. No tenía la confianza en sí misma que el poder del dinero generaba a quién lo poseía.

Quizás fuese eso lo que en última instancia le había llamado más la atención de ella: su carácter a pesar de sus circunstancias. Pero también debía haber ayudado el ambiente familiar en el que se había criado; todo sonrisas y hospitalidad. Por eso no debería extrañarle que ella tuviera esa amabilidad innata.

—¿Desde cuándo es vuestra esta reserva?

—Desde siempre —respondió ella divertida—. Mi familia la creó cuando surgieron las primeras reservas.

—Entonces, es normal que la cueva tenga este aspecto. Hace muchos años que no se transita. —Iris intentaba picarla por el mero hecho de incordiarla. A sus ojos parecía tan perfecta que parecía salida de un cuento, de modo que era su deber cívico intentar, de vez en cuando, sacar de ella algo más que su noble carácter. No era normal que con el mundo que corría hubiese gente como ella—. Pero quizás, antes de que tu familia adquiriera la zona, era un sitio común de los que tienen guías turísticos. De éstos que te dicen que no toques nada pero acaba recibiendo los dedos de un centenar de visitantes.

—No lo creo —dijo esta vez con sarcasmo—. Como ya te he dicho, mi familia lleva tanto tiempo en estas tierras que estoy convencida de que si a alguien se le ocurriera esconder algo aquí, perduraría a lo largo de los años. Nosotros nos encargaríamos de ello.

—Lo dudo.

A Sara le divertía su sarcasmo y su escepticismo ante todo. Ninguna de sus amigas tenía un humor tan peculiar, y no debería ser propio de una adolescente de dieciséis años. Pero ella no era una adolescente cualquiera.

—¿Acaso puedes ver lo que le sucederá a esta cueva? —preguntó Sara intentando meterse con ella de vuelta. Iris le había contado lo suficiente de su don como para haber vuelto loco a cualquiera. Había que tener mucha entereza para poder sobrellevarlo.

Iris volvió a poner los ojos en blanco.

—No sé ni para qué te lo he contado. Está claro que no lo entiendes, como la gran mayoría de los que lo saben —comentó molesta—. Sueño con cosas que van a pasar pero relacionadas conmigo, no con el resto del mundo.

—¿Entonces no sabes lo que pasará con esta cueva? —siguió preguntando con curiosidad.

—No —respondió Iris alargando la sílaba, ya exasperada con el tema. Ella no podía entender por qué a todo el mundo, incluida Sara, le parecía tan fascinante ese don.

—Pues no dudes en que mi familia se encargaría de que perdurara.

—Si eso te hace feliz... —dijo Iris condescendiente.

Desde pequeña, Iris había tenido sueños referentes a su futuro. Lo que comúnmente la gente llamaba precogniciones. Al principio no eran más que curiosidades que ocurrían: ella soñaba algo y después pasaba en la realidad. Cuando empezó a comentarle a su madre esos sucesos ni siquiera era lo suficientemente mayor como para ser consciente de lo extraño que era todo.

Tener el don de la precognición suscitaba interés, pero la gente no llegaba a entenderlo. Al menos debía estar agradecida, pues según le había contado su hermano mayor, hacía algunos siglos, a la gente como ella se la tachaba de chiflados o cosas peores. Ahora no le hacía falta preocuparse de ello. Era un hecho probado desde principios del siglo anterior que había gente con un gran potencial intelectual capaz de percibir este tipo de señales.

Pero la gente seguía pensando que las personas precognitivas eran capaces de saber los números premiados de los sorteos. O que se podía pensar: «¡Ey! Quiero saber lo que me va a pasar entre el año 20 y 22», como si se tuviera algún control sobre ello. No podían entender que sólo se soñaba lo que al «don» le daba la gana mostrar. Lo mismo podía enseñar en poco tiempo gran cantidad de acontecimientos futuros, como transcurrir meses con una gran laguna en la que no mostrara nada.

«Estúpidos», maldijo Iris en su mente a toda esa gente que tenía el descaro de felicitarla por ello. No eran capaces de ver los inconvenientes de esto; saber que van a suceder tragedias y no poder evitarlas. Porque sí, lo único que solía ver ella eran hechos puntuales de gran relevancia y, generalmente, cosas negativas. Iris había aprendido hacía tiempo que, intentara lo que intentase por cambiarlas, al final, de una u otra manera, sus precogniciones se cumplían.

Supo que iba a tener una infancia corriente hasta sus ocho años, edad en la cual intentaría evitar un accidente que, por mucho que quiso, no consiguió eludir del todo. En consecuencia, pasaría a ser la atracción de feria de hogares adoptivos hasta volver a la tutela de su hermano con quince años. Esto último no lo había esperado. Su hermano Caine nunca había estado en sus sueños puesto que él, al igual que sus padres, siempre acababa muerto en sus precogniciones.

Sin embargo, sí que sabía que acabaría el instituto y conocería a su primer amor en el último año, al igual que también sabía que le rompería el corazón aunque desconociera el porqué. Y entraría en la universidad para luego ser contratada, gracias a su talento y su problema genético, por una sección del gobierno convirtiéndose así en un agente de misiones especiales. Pero lo peor de todo era saber que, por mucho que quisiera modificar su futuro, aunque lo evitara la primera vez, el destino se encargaría de devolverlo a su curso.

A eso había que añadir el ser consciente de la muerte de uno mismo. Y en su caso, no iba a ser de ancianita mirando a sus nietos. Ni siquiera en una misión de su trabajo. No. Iris Keller, una mujer nacida en el siglo XXIV, donde la esperanza de vida era de ciento seis años, iba a morir en un parto. Algo insólito ya que, en la actualidad, ninguna mujer moría en un parto. Sin embargo, el destino se las iba a arreglar para ello.

Lo cual era un misterio teniendo en cuenta que los métodos anticonceptivos del momento tenían una efectividad del cien por cien y, para tener un hijo, había que pasar por un papeleo burocrático interminable. No existían los deslices; era un gabinete internacional el que decidía si la solicitud de una pareja para tener un hijo era aprobada o no. Luego ella sólo tenía que evitar poner su firma en unos cuantos papeles y no enviarlos por correo al Comité Internacional de la Natalidad.

—Mira esta cámara. —Volviendo a la realidad, Iris se dio cuenta de que Sara se había propuesto recorrer la cueva. Estaba ensimismada mirando con sus ojos oscuros en todas direcciones de una cueva que se sabía de memoria. Era una chica muy rara, definitivamente—. ¿A que no imaginabas que pudiera haber un sitio así aquí dentro?

Iris miró con detenimiento a su alrededor llegando a la conclusión de que Sara tenía razón: jamás se le hubiera ocurrido pensar que habría un sitio así dentro de lo que parecía una cuevucha de mala muerte.

—Cuando era pequeña me encantaba meterme por todos estos túneles y recorrer la cueva entera. Me la sé palmo a palmo. Todos los escondrijos, bifurcaciones... y sé que tú te la aprenderás tan bien como yo.

—¿Recuerdas que sólo estaré aquí este mes, verdad?

—Pero volverás, lo sé. —Después, con voz soñadora agregó—: Tenía tantas ganas de conocerte en persona. Llevaba años esperando este momento.

—Sara, nos conocemos desde hace menos de un año. No puedes llevar todo ese tiempo...

—Bueno, a mí se me ha hecho eterno —la interrumpió.

Y se echó a reír.

—Eres la persona más extraña que he conocido en La Red. —Y era verdad, aunque tampoco era que conociera demasiada gente.

—Sí, pero me adoras. —Sara compuso una sonrisa de inocencia que hizo a Iris reírse.

Quizás no fuera una chica de rasgos bonitos pero sí atractiva. Al igual que Iris, también llamaba la atención por su piel. Quizás no tanto como ella, pero Sara tenía un tono de piel moreno muy claro en comparación con la media poblacional en donde predominaba el color oscuro por la selección genética que se hizo durante La Reducción¹. Tenía una melena oscura y ojos castaños. No era una combinación atípica, pero contrastaban en gran medida con su piel clara. Sin embargo, no era eso lo que más llamaba la atención. No. Sara era portadora de una carta con la que las demás no contaban: la capacidad de derretir el corazón más helado con una de sus inocentes sonrisas.

Realmente iba a ser un peligro para los corazones de los chicos y más cuando terminara de madurar pues aún tenía resquicios de niñez. Con sus catorce años, ya podía apreciarse la mujer en la que acabaría convirtiéndose. No era demasiado alta, más bien de estatura media tirando a baja. Pero eso, unido a su delgada figura, la hacía parecer una adorable muñequita.

Definitivamente, causaría estragos en unos años.

—No, me resultas graciosa —dijo Iris riéndose cuando retomó la conversación.

—Sí, pero también me adoras —insistió Sara mientras pestañeaba con falsedad siguiendo con su tono inocente—. Ahora mira este sitio y dime si sigues creyendo que esta cámara era un lugar transitado hace años.

En honor a la verdad, Iris debía reconocer que el lugar parecía bastante natural, lo que era algo extraño si se tenía en cuenta la historia exploradora y destructiva que tuvo el hombre hacía unos siglos.

—Al menos parece que no la han tocado en años.

—Es cierto, es un lugar que perdura en el tiempo.

Y, pasando una mirada maravillada por el lugar, Sara MacRae se echó a reír.

¹ La Reducción: Época en la que se hizo una reducción muy brusca de la población —no se permitió la reproducción en años— debido a la superpoblación existente y los problemas de espacio que surgieron cuando el entorno empezó a crear grandes dificultades a los menos adaptados —personas que no soportaban la exposición solar—. Se seleccionaron exclusivamente rasgos oscuros.

Capítulo 1

*Silvania, Reserva Principal nº 9,
Antigua Canadá, año 2326*

Iris leía incrédula la lista que le mostraba Sara por el comunicador.

—Estarás de broma. ¿Quieres que consiga todo esto en una semana?

—Allí es más barato —contestó ella como si la respuesta fuese lo más evidente.

—¿Recuerdas que tu familia es una de las más ricas del mundo? —Iris volvió a echar un vistazo a la lista—. ¿Y para qué demonios quieres todo esto? ¿Te vas de acampada en medio del desierto durante dos meses?

—Algo parecido. —Sara tuvo la decencia de parecer incómoda con la conversación.

—Recuerdas que estás embarazada de ocho meses, ¿verdad? —recriminó Iris con los ojos entrecerrados. Esa conversación era más que sospechosa—. No vas a poder irte adonde demonios se te haya metido en la cabeza ir.

—Tú solamente tráelo. Yo lo pagaré.

—¡Por supuesto que lo pagarás! —exclamó Iris. Quería mucho a su cuñada pero no tanto—. Aunque aquí es más barato, todo esto vale un dineral. ¿Y para qué narices quieres un recargador solar?

—¿Para recargar las cosas que me vas a comprar? —A Iris le irritó su tono inocente. Esos recargadores sólo servían para cuando se iba a estar una temporada larga sin pisar un núcleo urbano —lo cual no era probable—, o que se hicieran muchos viajes de un hemisferio a otro pasando por la franja desértica central o cruzando océanos. Allí no se podía hacer paradas para recargar si por cualquier cosa fallase el recargador normal, y por eso se necesitaba de uno solar para completar el viaje. Eran autosuficientes porque no necesitaban introducirles *neonita*² para que empezaran a producir y almacenar energía, pero eran menos eficientes: tardaban más en recargarse y debían pasar ese tiempo al aire libre. Lo cual los hacía perfectos en lugares fuera de la urbe donde no se disponía de *neonita* pero sí de un montón de radiación solar.

—¿En serio? —replicó Iris en tono fingido de sorpresa.

—No te pongas sarcástica, ¿vale? Tú sólo cómpramelo y tráelo todo la semana que viene.

—Hay varias cosas que te las puedo prestar. Así no gastarás tanto.

—No, deben estar nuevos. No quiero que me traigas cosas viejas que se me estropeen dentro de dos días.

Iris aún se encontraba buscándole sentido al pedido de Sara. Era de lo más extraño: parecía un kit de supervivencia para el lugar más inaccesible y lejano de la

² Material sintético de última generación con el que se ponen en funcionamiento los cargadores de energía del siglo XXIV. Como todo en esta época, se produce de forma limpia y sostenible con el medio.

civilización. Lo cual no tenía ningún sentido ya que, por muy alejada que estuviera la zona de una urbe, no quedaba a más de cuatro horas de camino en aeromóvil, a excepción de los casos anteriores de travesía entre hemisferios y océanos.

Siguió repasando la lista y el final atrajo mucho su atención.

—¿Armas? —Por poco lo gritó, pero era el pedido más extraño que le había hecho nunca su cuñada. Las palabras «Sara» y «armas» eran tan antagónicas como «pez» y «desierto»—. ¿Quieres que te lleve algunos ejemplares de mi colección de armas? ¿Para qué quieres eso? —Debía estar ya en el umbral máximo permitido antes de darle un ataque, un derrame cerebral, o cualquier otra cosa parecida.

—Sí, eso... es cosa de mi tía Annie —añadió rápidamente—. Salió la conversación el otro día y ella adora las armas. Y sabes que aquí la legislación se ha vuelto muy estricta con eso, y le quitaron las que tenía. Así que, cuando Caine dijo que tú tenías una colección, preguntó si podrías traerle algunas para verlas... —parloteó casi sin dejarle a Iris entenderla.

—¿Sabes, Sara? —la interrumpió—. No entiendo cómo nuestra amistad ha durado tanto. Nunca sé qué esperar de ti. —Sara sonrió a su comentario; ya olvidado lo que estaba diciendo antes—. Eres la persona más imprevisible que he conocido con diferencia, y mira que me he relacionado con mucha gente.

—Y tú la persona más escéptica que he visto nunca, pero te quiero igualmente. Y sé que tú me quieres a mí y más teniendo en cuenta que te voy a hacer tía.

—Otro misterio de la ciencia... ¿Cómo puedes estar con mi hermano? —bromeó Iris—. Puaj, es mi hermano. Y encima, ¡te saca nueve años!

Sara se echó a reír contagiando a Iris.

—Por eso mismo, porque es tu hermano y no el mío.

Era reconfortante para ella que dos de las personas que más quería fueran tan felices. Era muy consciente de que se acercaba su última visión; al menos, en cuanto a cronología. Con quince años parecía ser que ya había soñado con todo lo que su don estaba dispuesto a mostrarle. Lo único que había hecho desde entonces era enseñarle más cosas acerca de lo ya visto, como era habitual.

Había pocas situaciones que no se habían dado. Eran circunstancias confusas para ella pues había llegado a soñar con estar en sitios en los que finalmente no había estado y todo se había desarrollado de forma distinta. Como lo sucedido durante la *Operación Águila Azul*, que había coincidido con la boda de Caine y Sara y que, como resultado atípico, un compañero suyo había muerto. Y decía que era atípico porque había tenido visiones posteriores con él estando todavía vivo.

Como ésas, otras cuantas visiones más que nunca habían llegado a suceder y de las que era consciente de que su tiempo para hacerse realidad había pasado.

Eso le llevó a tener, durante un tiempo, esperanzas de que no se cumplieran algunas de sus precogniciones. Por desgracia, la que significaba su muerte —que iba de la mano de otra aún peor—, no parecía ser una de aquéllas. Moriría y dejaría a su hijo solo en el mundo, por la sencilla razón de que no había ninguna visión posterior a ésa.

Sin embargo, ese don no valía para mucho si no podía conseguir cambiar algo

tan importante como la muerte de un ser querido. Cuatro veces había conseguido eludir la muerte de sus padres, pero siempre había detrás otra alternativa igual de mala. La quinta fue sorpresiva y no la pudo evitar. De la noche a la mañana, sus padres habían muerto en un accidente y su sueño acerca de su reacción cuando le contaron la noticia, se hizo realidad. Era como si no hubiera forma de esquivar a la muerte: hiciera lo que hiciese, acababa alcanzando a las personas que quería.

—Oye, Sara. A John le van a dar vacaciones y quiere ir a visitarte —comentó al descuido—. También vendría Faith.

—¡Me encantará verles! Diles que aquí hay suficiente sitio para los tres.

—Entonces, no te entretengo más. Tengo guardada tu lista de supervivencia —bromeó—. Te lo llevaré todo. Nos vemos la semana que viene.

—Sí... hasta entonces. —Iris vio pasmada cómo poco a poco su amiga se ponía a llorar—. Te voy a echar de menos.

—Sara, mujer, has estado más tiempo que eso sin verme —comentó en tono suave intentando calmarla—. Además, te voy a llamar en unos días. Madre mía, lo que le hace un embarazo a una mujer. No sabía que estuvieras todavía tan sensible.

—Tu pobre hermano lo aguanta como puede.

Iris encontraba muy curioso ver a una persona reír mientras lloraba.

—Venga... quítate esas lágrimas —dijo con voz conciliadora—. Sara, te dejo que voy a llamar a John. Cuídate, ¿eh? —se despidió Iris mientras sacudía la mano.

Apagó el comunicador y sonrió para sus adentros. Siempre le habían sorprendido los cambios de humor de las embarazadas. Y más asombroso aún era la idea de saber que pasaría por ello en unos años.

Si realizaba algunos cálculos básicos en referencia a esto, su última precognición se cumpliría en un mínimo de cuatro años más. En ese tiempo, y para que se cumpliera ese plazo, en breve conocería a alguien que la haría confiar en él lo suficiente como para creer que no la quería sólo por su albinismo y conseguiría convencerla —que era lo más increíble de todo— de pedir una solicitud al CIN³. Estos tardarían como poco tres años en aprobarla, desconectar su *chip* de anticoncepción y después vendrían los intentos por quedar embarazada. Se pasaría nueve meses de gestación para acabar metida en una habitación perdida en el mundo, con el mismo hedor de los cadáveres al descomponerse y sin recursos de ningún tipo, donde daría a luz y moriría.

Y no era el hecho de completar un acto que desembocaría en su muerte lo que le asombraba. Por desgracia, debido a su trabajo, ese punto lo tenía más que asumido. Lo que más le inquietaba era pensar que alguien le haría cambiar de parecer en cuanto a tener hijos. Ella sabía lo que era crecer sin padres y no quería ni pensar en dejar un hijo suyo sin madre desde el mismo momento de nacer aunque le quedase su padre.

Ella se había pasado desde los ocho hasta los quince años yendo de una casa de acogida a otra donde lo único por lo que esa gente la aceptaba, era por el hecho de

³ Comité Internacional de la Natalidad.

ser la familia que había acogido a la niña albina. Se pasó lo que quedaba de su infancia y parte de la adolescencia sintiéndose como un bicho raro que sólo estaba allí para deleite de los curiosos.

Debido a que, durante La Reducción, sólo se seleccionaron genes dominantes para rasgos adaptados al incremento progresivo de radiación, los suyos habían sido erradicados en su totalidad y sólo quedaban como muestras congeladas en bancos genéticos por si hicieran falta en un futuro. Pero ella era un fenómeno de la naturaleza y había nacido con un severo albinismo.

En una época donde el color de piel iba desde un moreno bronceado cuando ni siquiera les rozaban los rayos del sol —sólo las luces artificiales—, hasta el más puro negro africano, ella era pálida como un fantasma y sus mejillas se sonrosaban. Sus ojos carecían de pigmentación y su pelo era tan rubio que parecía blanco⁴. Pero gracias al siglo en el que vivía y los adelantos médicos existentes, sólo había necesitado sus tres primeros años de vida yendo y viniendo del hospital para que consiguiera poder hacer una vida totalmente normal. Incluso hasta podía coger un ligero tono bronceado si se paseaba durante un rato bajo una luz de ultravioletas.

Definitivamente, era un fenómeno de la naturaleza y esa gente no había hecho nada por quitarle esa sensación. Su hermano, al que estaría por siempre agradecida, no cejó en su empeño por conseguir su tutela y no la había conseguido hasta que ella cumplió los quince años. Él fue todo lo que ella ya tenía olvidado que era una familia, y poco después, conoció a Sara en La Red. Dejando a un lado el momento del *shock* tras ver a alguien con el aspecto de Iris, Sara se había mostrado encantadora con ella. Desde el primer instante ella había sido su amiga y confidente, y fue en esta época que Iris volvió a conocer el cariño desinteresado de otras personas. Jamás había estado tan contenta como cuando supo de la relación de Sara y Caine, sus dos personas más queridas.

Claro que fue una conmoción. Ella tenía quince años cuando comenzaron su relación y él le sacaba nueve años. Su hermano podría haber acabado en prisión por estar con una menor, pero Sara había conseguido que sus padres les dieran una oportunidad. En la actualidad, habían demostrado a todo el mundo que, a pesar de la diferencia de edades y la juventud de ella cuando dio inicio, su relación estaba sólidamente cimentada.

Y ella anhelaba conseguir algo así. Sabía que gracias a su problema genético sería imposible. Siempre se interpondría su albinismo, lo sabía por experiencia. Los hombres no se interesaban por cómo era, sólo se fijaban en que era una mujer albina con la que podrían presumir ante sus amistades. Había sufrido tanto con este tema que ya había desistido de acercarse sentimentalmente a un hombre.

Pero todo tenía su lado positivo y ella había aprendido a sacar provecho del reclamo que era su físico. Para su trabajo le venía perfecto, ya que podía manejar con facilidad a los hombres. Sin embargo, ella nunca había cruzado la línea entre la seducción a un hombre y la sexualidad. Con lo segundo, sabía que necesitaba

⁴ El tipo de albinismo que sufre es el conocido como albinismo oculocutáneo.

involucrar sus sentimientos en el proceso y Iris había decidido, hacía tiempo, que se quedaría sola antes que pasar por otro desengaño y, de paso, viviría más consiguiendo evitar su última precognición: su muerte dejando a un niño recién nacido huérfano.

Sí, la precognición era un maravilloso don que fácilmente cedería a su peor enemigo.

Iris encendió de nuevo el comunicador; tenía que llamar a John para ultimar el viaje, de modo que marcó el distintivo de su casa. En la pantalla apareció una niña de doce años de piel café. Era un color de los que se había seleccionado y que a Iris le encantaba. Su origen derivaba de las zonas del sur de Asia⁵, y gracias a la ingeniería genética, todas las razas disponían de las distintas tonalidades de piel negra, incluso aunque la línea familiar estuviese mezclada con nórdicos.

—Hola, Faith. ¿Está tu tío? —Faith era una muchacha huérfana que había pasado por la misma experiencia que Iris a la edad de nueve años. Los únicos abuelos que le quedaban vivos eran los paternos, y como no había tenido mucho contacto con ellos tras «el incidente», se decidió que estaría mejor con el hermano de su madre. A diferencia de Iris, en ese aspecto tuvo mucha suerte. Desde el principio él pudo encargarse de ella y no pasó ni un día lejos de su familia.

Pero lo que más gracia le había hecho siempre era que ese hombre «apto para el cuidado de un niño» era ni más ni menos que el jefe de los *hackers* de su unidad, lo cual lo convertía en una mala influencia para Faith. La niña ya mostraba signos de ser otra *hacker* en potencia lista para trabajar en la misma unidad que su tío. No en vano, Faith se metió un día en el ordenador de John descubriendo su falsa tapadera y averiguando la verdad de su trabajo. Fue curioso tener que explicar a una niña de once años que había burlado la seguridad del ordenador de su tío: un *hacker* que trabajaba para el gobierno.

Y eso se debía a que la niña era un genio, incluso más que su cuñada Sara que había terminado la carrera y un doctorado en física a la edad de veinte años. Faith tenía una memoria fotográfica envidiable y una capacidad para asimilar información impresionante. Iris había sido testigo de cómo engullía libros y se quedaba con toda la información. Era escalofriante.

—Sí, ahora le digo. —Faith se apartó de la pantalla y poco después se oyó un grito de fondo. La imagen se cerró y apareció otra habitación en la cual estaba John en pantalla. Parecía que se acababa de duchar puesto que tenía una toalla envuelta en la cintura y con otra se secaba el pelo.

Iris sabía que sus sueños y sus malas experiencias sentimentales la estaban traumatizando. Desde hacía más de cuatro años no había tenido contacto con ningún hombre y ni siquiera ver uno con poca ropa le despertaba sus instintos. Claro que John no era su tipo ni de lejos. Jamás podría estar con un hombre que prefiriera los *bits* a una mujer de carne y hueso. Además que para ella era como otro hermano mayor. Algo diferente al suyo, pero como otro hermano.

⁵ Antigua India.

Físicamente, John Sullivan era como todos los demás. Puesto que los genes morenos y castaños se habían seleccionado durante La Reducción, John, al igual que casi todos, tenía el cabello moreno y los ojos oscuros. La piel era igual que la de su sobrina, no en balde eran familia. Realmente, los dos se parecían bastante.

John también era de constitución normal. Como no era un agente de campo, tenía el entrenamiento básico que se le enseñaba a todo el que entraba a formar parte de la unidad, pero después fue destinado a la división de comunicaciones y, excepto porque alguna vez se pasaba por el gimnasio, no realizaba mucha más actividad. No era escuálido, pero tampoco tenía músculos bien definidos. Simplemente, se notaba que hacía deporte.

Y ella debía reconocer que prefería a los de la otra categoría: hombres fuertes, con los músculos entrenados, duros... A su alrededor había pocos de ese tipo y eso era un punto a favor ya que evitaba tentaciones. Si no le atraían físicamente, las probabilidades de entablar una posible relación de pareja se veían disminuidas al no tener presente la posibilidad de llegar a algo más que amigos. No era que fuese una mujer superficial que sólo se fijara en el físico —sus únicas dos parejas y la tercera potencial se encontraban en peor forma que John—, pero cuando se conocía a alguien, lo primero que entraba al ojo era la apariencia.

Y la de ellos la ayudaba a terminar con las esperanzas de relacionarse con hombres. Si a eso le añadía que de por sí no le gustaba relacionarse con mucha gente, ya tenía la ecuación completa. Las personas en las que confiaba se podían contar con los dedos de la mano y le costaba mucho arriesgarse a confiar en alguien cuando las probabilidades de que sólo se acercaran a ella por la curiosidad de su genética, eran mucho más altas.

Por suerte, John y Faith no se englobaban en ese grupo. Iris había conocido a John nada más entrar en la agencia cinco años atrás, y debido a la cantidad de misiones en las que coincidían, poco a poco, John había conseguido un lugar entre sus personas de confianza. Faith había venido después, a raíz del percance de sus padres, y la similitud de sus situaciones hizo que Iris empatizara con ella desde el principio.

—He hablado con Sara. —Iris fue directa al grano—. No tiene inconveniente en que vayáis.

—Bien, eso nos facilitará el trabajo —dijo terminando de secarse el pelo y dejando la toalla tirada en el suelo—. La casa de tu hermano queda muy cerca del objetivo y nos evitará tener que registrarnos en un hotel.

—Sí —corroboró Iris. Hubo un pequeño silencio antes de que ella prosiguiera con la conversación—. ¿Cómo es que te mandan sólo a ti?

—Fácil —contestó con un encogimiento de hombros—. El edificio tiene buenas medidas de seguridad tecnológicas. Es más fácil que las pueda desactivar estando allí. Después, sólo tendrás que hacerte pasar por otro científico más del edificio y listo. Mandar más efectivos de apoyo podría levantar sospechas. Además, no has tenido visiones raras sobre esta misión, ¿verdad?

—No.

—Entonces no habrá problema.

Había que ver la capacidad de despreocupación de la gente, pensó Iris con incredulidad. Que ella no tuviera un sueño sobre él, sólo indicaba que a ella no le iba a pasar nada significativo, pero todos los demás podrían caer en la misión. Sin embargo, nunca valoraban esa posibilidad.

—Como me mandan de improviso, no estoy al tanto de lo que tenemos que hacer. Pero tengo entendido que tú sí, ¿cierto?

—Tucker y yo llevábamos semanas trabajando en ello. Su baja ha sido todo un inconveniente. —La miró apreciativamente—. Lo que me llama la atención es que le sustituyas tú. Esto es demasiado... tranquilo —completó al final sin encontrar una palabra más adecuada— para ti.

—Creo que tiene más que ver con el hecho de que iba a tomarme unas vacaciones para visitar a mi hermano y estar presente en el nacimiento de mi sobrino. El viaje a Galeland ya lo iba a hacer, así que...

—Luego vas de rebote —concluyó.

—Parece ser... —dijo despreocupada—. Y dime, ¿cuál es el plan?

—El día que lleguemos lo haremos temprano. Viajaremos de noche la mayor cantidad posible de horas teniendo en cuenta el desfase horario en contra que tendremos. —John desapareció de la pantalla al dirigirse hacia el armario ropero y escuchó los sonidos propios de una persona vistiéndose—. Saldremos por la tarde de aquí y llegaremos al amanecer allí. Y como nos coge de camino, nos acercaremos al objetivo para ver el tipo de tránsito que hay a esas horas y así hacernos una idea de cuáles son las mejores horas para realizar la operación. Posiblemente, ya haya gente madrugando por allí, de modo que nuestra misión no podrá alargarse hasta el amanecer.

Iris asintió en muestra de que le había entendido cuando John apareció de nuevo en pantalla con los pantalones y una camisa puesta pero sin abrochar. Se podría haber ahorrado la explicación con decirle que harían un reconocimiento de campo nada más llegar.

—Cuando nos hagamos una idea de la situación exterior, trazaremos los planes de acción. Yo me ocuparé de que podamos entrar y tú de que no surjan complicaciones humanas. —Iris volvió a asentir—. Aún tengo que recibir los planos y los informes sobre la máquina, pero una vez los tenga, podré elaborar un virus que lo inutilice. El objetivo es neutralizar la máquina sin que ellos sospechen que ha habido un sabotaje externo; que piensen que ha sido un fallo. Incluso podría pedirle ayuda a Faith; es muy buena con los virus —se jactó John.

—Eres una mala influencia para esa pobre chica —dijo Iris exasperada.

—¡Pero si a ella le encanta! —exclamó fingiendo ofensa. Iris puso los ojos en blanco.

—Anda... sigue con el plan —se quejó, instándole a continuar.

—Bueno, no hay mucho más. Metemos el virus en la máquina, el «trasto» se bloquea y además, conseguimos que la base de datos y todo lo que tengan archivado sobre este tema se borre con el virus. Éste desaparece y, a ojos de los

técnicos de la máquina, habrá sido un fallo terrible y con el que habrán perdido toda la información sobre la construcción de aparatos similares. Eliminamos la amenaza de la manipulación temporal y marchamos tan tranquilos a casa.

—No parece muy complicado —comentó con cierta sorpresa. Comparado con otras misiones parecía bastante sencilla, cosa que no podía entender del todo ya que ese proyecto debería estar fuertemente custodiado.

—Por eso iban a mandar a Tucker en vez de a ti —dijo John sin más terminando de abrocharse la camisa—. Por cierto, ¿qué tal estaba Sara?

—Como siempre... con sus cambios de humor.

—Entonces le vendrá bien tu visita para que la diviertas con tus chistes —comentó con sorna.

—Yo no cuento chistes —repuso Iris con el tono más serio que encontró.

—Para Sara, tu humor sarcástico hace la misma función que un chiste. Es bastante gracioso escucharte.

—Lo que hay que oír —resopló en tono incrédulo. Sólo le faltaba eso: ser la graciosa de la fiesta cuando no había nada más alejado de la realidad.

John soltó una irritante sonrisilla. Después se sobresaltó con algo.

—¡Uy! Ya están aquí. —Y volvió a esfumarse de la pantalla—. Tengo que mirar estos informes. Te llamo luego, adiós —dijo su voz lejana tan rápido que pareció una única palabra.

A Iris no le dio tiempo ni a despedirse. Ese hombre era un *colgado*. En cuanto le ponías algún programa nuevo de por medio, te ignoraba a la velocidad de la luz.

Iris pulsó en la pantalla la carpeta de archivos transferidos abriendo la lista que le había enviado Sara. Sería mejor dejar el tema de averiar máquinas a John y así ella podría encargarse de conseguir los artículos que le había pedido. Porque sólo tenía una semana para conseguirlos todos y hacer las maletas.

Capítulo 2

*Evergreen, Reserva Principal nº 27,
Antigua Escocia, una semana después*

—¿Es ésa de ahí? —Después de un viaje de siete horas por el Atlántico, habían llegado cerca del amanecer. El cambio horario hacía que, a pesar de haber estado siete horas de viaje, hubiera una diferencia de doce. John silbó.

—Vaya, apenas hay alguien por la calle —comentó mirando alrededor—. Fíjate, sólo hay un niño paseando a su perro. Pensaba que esta gente madrugaba más.

—Son las seis de la mañana de un día festivo —le dijo Iris sacando a relucir un factor relevante—. Me preocuparía que hubiera mucha gente.

—¿No les molestaremos llegando tan pronto?

—Créeme, están acostumbrados. Ha habido veces en que he llegado más temprano... o quizás debería decir tarde. ¿Llegar a las cuatro de la mañana te parece pronto o tarde?

—Yo más bien diría que tarde —contestó John.

—Estoy con él —corroboró Faith.

—Pues tarde, entonces.

Iris se acercó al edificio principal donde sus informadores les habían dicho que estaría la máquina.

—¿Paramos un momento a echar un vistazo? —preguntó John y Iris se encogió de hombros en respuesta.

Aparcaron y los tres salieron del aeromóvil. Observaron la calle en busca de posibles inconvenientes pero, como todo edificio importante, intentaban pasar desapercibidos con una construcción normal en una calle típica.

—Según los planos, tendremos que subir hasta el piso de arriba —comentó John mirando a la última planta del edificio—. El generador que suministra a la máquina se encuentra resguardado pero en la azotea. Así que la máquina se encuentra justo debajo —terminó diciendo mientras volvía su vista a Iris.

—Muy bien —aceptó ella. No eran demasiados pisos, lo cual sería una ventaja en caso de que ocurriera algún incidente que le hiciera tener que utilizar las escaleras para llevar la misión a cabo.

—Hay gente allí. El piso está iluminado.

—Ya nos habíamos dado cuenta. —Faith fue la que soltó el comentario. A Iris le agradaba no tener que ser siempre ella la sarcástica.

—¿Y luego dices que yo soy una mala influencia? —le reprochó el hombre molesto—. Vas a convertirla en una borde.

—*Hacker* y borde... —meditó Iris con gesto exagerado—. Interesante combinación. —Se ganó un golpe en el brazo por parte de John. Iris se frotó la zona

mientras se reía—. Será mejor que nos vayamos. Se nos hace tarde... o pronto.

Iris ya se estaba encaminando hacia el aeromóvil cuando varias ráfagas de luz iluminaron la calle. Mientras se giraba hacia la fuente emisora, un estruendo de cristales rotos resonó por los edificios de la calle y acto seguido, empezaron a llover cristales.

Lo primero que a Iris se le pasó por la cabeza fue que no estaba sola. Y lo segundo, que no había tenido ninguna visión sobre aquello. Los cristales de varios pisos les caían encima y sabía que nada grave le ocurriría por ello. Pero los demás...

—¡Subid al coche! ¡Rápido! —Pero no había terminado de decirlo cuando, del piso superior del edificio comenzaron a salir rayos de energía recorriendo la zona y gracias a sus reflejos, consiguió esquivar uno que pasó al lado de ella—. ¡Y blindadlo!

Los tres se apresuraron hacia el vehículo sorteando relámpagos, cristales y fragmentos de hormigón. Nada más cerrar las puertas, Iris blindó el aeromóvil y lo arrancó.

—Será mejor que nos vayamos de aquí cuanto antes. —Iris aceleró dejando el edificio atrás—. ¿Estáis bien? —preguntó preocupada.

Faith se quejó al sacarse un cristal del brazo.

—Podría estar mejor.

—Lo curaremos en cuanto salgamos de aquí.

Sin embargo, todo cambió en un instante. Antes de poder girar en la calle, una luz cegadora inundó toda la zona absorbiéndoles. Cuando desapareció, Iris se encontraba saliendo de la urbe —cuando no correspondía— y elevándose por encima de unos árboles para evitar estrellarse contra ellos.

—¿Qué demonios ha sido eso?! —Iris estaba atónita. El sol comenzaba a brillar y el cielo empezaba a adquirir esas tonalidades naranjas características del amanecer de algunos puntos específicos del planeta, puntos donde la capa de la atmósfera era más gruesa y los rayos de sol se descomponían en esos matices. El problema era que lo estaban viendo como si estuvieran fuera de una reserva ya que dentro de éstas, a pesar de que se filtraba radiación no nociva del sol, no se podía ver más allá de la capa protectora.

Iris se detuvo.

—¿De dónde ha salido ese bosque? —susurró Faith. La respuesta nunca llegó. Los tres estaban lo suficientemente perplejos como para no decir palabra.

Iris miró por los retrovisores.

—Dios mío... —Después se giró en el asiento mirando por la luna trasera—. ¡Dios mío! —gritó asombrada.

Volvió a girarse y dio la vuelta con el coche para ver con mayor detenimiento. Ante sus ojos se alzaba un bosque que se extendía hasta la lejanía, pero lo más sorprendente era el fragmento de urbanización que estaba delante de ellos rodeado de dichos árboles. Era una situación surrealista.

—¿Qué ha pasado? —preguntó John con cuidado. Sin embargo, el fragmento de ciudad brillo de nuevo y en cuestión de segundos, se había desvanecido

dejando el bosque intacto.

—¿Pero qué...? —Iris dejó la frase inconclusa. No había explicación así que era estúpido hacer preguntas. Bajó el coche a tierra, hacia la protección de los árboles.

Iris y John estaban atónitos mirando por las ventanas. No habían reaccionado desde que habían aterrizado. Faith se puso a enredar entre las cosas de la parte trasera.

—Vas a necesitar esto —dijo la niña pasándole el cicatrizador—. Esa herida no se ve nada bien.

—¿De qué estás hablando? —se extrañó John y miró en su dirección, dejando de lado por un momento el paisaje tras las ventanas.

—De eso. —Faith señaló el hombro de Iris y el hombre lanzó un jadeo de sorpresa.

—¿Qué pasa? —Iris miró a su hombro—. ¡Ay, madre!

Tenía un trozo de cristal de unos cinco centímetros profundamente insertado en el hombro y un reguero de sangre bajando por su espalda. Si le hubiera dado en otro sitio, podría haberle hecho una buena avería. Y ella ni siquiera se había dado cuenta.

—Ha debido ser la adrenalina —dedujo volviendo a la calma—. No os preocupéis; he tenido heridas mucho peores y aún estoy aquí. No va a matarme un triste cristal.

Iris cogió un extremo del cristal y fue sacándolo poco a poco intentando no causar más daño. Tomó el cicatrizador de la mano de Faith y, tras encenderlo, lo mantuvo sobre la herida. Lentamente, los bordes abiertos de piel se fueron uniendo hasta dejar una fina cicatriz en el lugar.

Devolviéndole el aparato a Faith, Iris giró el hombro para asegurarse de conservar bien la movilidad. Después, se limpió el hombro con un pañuelo.

—Ya está —comentó satisfecha—. ¿Tengo algún fragmento más?

—No parece —contestó pasándole una nueva camiseta—. ¿Qué hacemos ahora?

Iris volvió a mirar alrededor mientras se cambiaba la camiseta manchada.

—Primero, ubicarnos. Emma, ¿dónde estamos?

Durante unos breves instantes, sólo se escuchó el sonido del procesador del ordenador. Poco después, emitió una respuesta.

—Las coordenadas indican que estamos en el centro urbano de la reserva Evergreen, pero mis análisis de superficies no concuerdan con los de la base de datos.

—De eso ya me había dado cuenta —volvía a aflorar su habitual sarcasmo. Pero lo cierto era que no se necesitaba de un programa para saber que, donde debía haber una ciudad, había un extenso bosque—. ¿Es posible que tus parámetros de referencia se hayan descalibrado? En las afueras de la ciudad hay una amplia zona de vegetación hasta el límite de la reserva. Podríamos habernos desplazado fuera de la ciudad.

—Calibrando referencias —dijo la familiar voz de Emma. O al menos lo era

para Iris. Emma era la Inteligencia Artificial integrada a su aeromóvil que le habían asignado en su primera misión. Tenía una relación más estrecha con ella que con muchos humanos, lo que decía bastante de cómo eran sus relaciones sociales.

Esperaron unos segundos a que terminara de ajustar sus cálculos, pero la respuesta que obtuvieron era impensable.

—¿Cómo que no te llega la señal? —inquirió Iris más que asombrada—. ¡La señal de conexión llega a todos lados!

—¿Nos alcanzó algún rayo? —preguntó John en cambio—. Podría haber dañado a su sistema de conexión.

—Estábamos blindados.

—Quizás le dio antes —especuló él.

Iris le miró con escepticismo, pero no podían descartar esa posibilidad.

—¿Puedes arreglarlo?

—Depende del daño que haya sufrido, pero recuerda que trajimos mi equipo. Si no necesita recambios, dalo por arreglado, nena. —Ahí estaba el aire de suficiencia de todo informático cuando se trataba de su campo. Iris se contuvo de elevar los ojos y mirar a otro lado—. Pero primero necesitamos sacar todo el equipaje para poder montar el equipo.

—Entonces intentaremos llegar a Galeland cuanto antes. Emma, muéstranos un mapa del lugar. —La pantalla del ordenador mostró un mapa y Iris señaló una zona arbolada que supuso que era el lugar donde debían encontrarse—. Ésta es la zona boscosa. Seguramente estaremos aquí: a unos diez kilómetros al noreste de la ciudad. Quizás nos haya transportado a las afueras. Si seguimos en esta dirección —trazó una línea recta en la pantalla—, en otros veinte llegaremos a Galeland. No tardaremos ni cinco minutos en llegar. En marcha.

Iris arrancó el vehículo y condujo en esa dirección. Pero tras recorrer menos de diez kilómetros, llegaron a una masa de agua.

—Esto es bastante raro —se extrañó Iris. Estaba segura de haber ido en la dirección correcta—. Si estábamos a diez kilómetros al noreste de Evergreen, no podemos haber llegado ya al mar. Emma, ¿puedes hacer un barrido de la zona y buscar algún tipo de urbe?

El ordenador se puso a trabajar en ello.

—Esto es de lo más extraño —dijo Faith mirando por la ventana—. ¿Vosotros sabíais si en Evergreen se estaba haciendo algún experimento?

—Lo dices por la claridad, ¿verdad? —Iris estaba tan sorprendida como la niña por ese hecho—. Llevo un rato pensando lo mismo.

—Creía que precisamente, las cúpulas debían ser oscuras para evitar el paso de la radiación nociva; que no había forma de hacerlas transparentes.

—Quizás nos hayamos salido de la reserva.

Iris y Faith lo miraron como si hubiera perdido la razón.

—Claaaaro —dijo Iris condescendiente extendiendo la palabra—. Y por eso hay un bosque sobreviviendo a intensidades radiactivas letales. ¿Cómo es posible que la comunidad científica se haya saltado algo como esto?

—Podrían ser árboles adaptados a estas condiciones y ellos no haberse dado cuenta. —Las dos siguieron fulminándole con la mirada—. ¿Qué? Acabamos de atravesar una situación extraña, aún no tengo la mente centrada —se quejó.

—La población más cercana está a tres mil doscientos diecinueve metros en dirección noroeste —informó Emma.

—¿Al norte? Pero si venimos de allí... —Sacudió la cabeza desechando la idea—. Da igual, nos acercaremos y preguntaremos ahí. Y de paso, podrán resolvernos la duda.

Siguieron hacia el norte sin perder la referencia de la costa y aminoraron la marcha en cuanto llegaron a las primeras casas dispersas de la zona. Estaban construidas en piedra y en los huecos que hacían de ventanas se veían pieles a modo de cortinas. En vez de una red de carreteras, había senderos de montaña que se abrían entre los árboles y que conectaban los distintos lugares.

Iris sólo había visto unas casas tan primitivas en imágenes holográficas y en parques temáticos. Y sólo había visitado éstos como parte de la asignatura más aburrida que el ser humano jamás hubiera inventado: historia.

Y el pueblo al que se acercaban tenía todo el aspecto de pertenecer a la Edad Media como mínimo.

—Emma, localiza en el mapa un parque temático histórico. Posiblemente, de la Edad Media.

El ordenador volvió a procesar los nuevos datos para cotejarlos con su base. Iris estudió con atención las casas a través de la ventana.

—Mira que he venido veces a visitar a mi hermano, pero no tenía ni idea de que hubiera un parque temático cerca de su casa —comentó extrañada.

—El parque temático más cercano se encuentra a trescientos cincuenta y ocho kilómetros al suroeste.

Iris retornó la vista a la pantalla del ordenador con una expresión perpleja en su rostro.

—Eso no puede ser, tenemos uno enfrente —susurró John igual de sorprendido que Iris.

—Emma, realmente estás descalibrada —dijo ella—. Será mejor que bajemos y preguntemos.

—No parece haber ni un alma —comentó Faith por lo bajo.

—Porque no la hay. Tenemos que estar fuera de la reserva y nadie puede vivir aquí —comentó John—. Iris, piénsalo, nuestro gobierno estaría enterado de un experimento así y a nosotros nos habrían filtrado esa información.

—¿Y cómo explicas lo del bosque? —inquirió señalando hacia fuera. Iris desconectó el aeromóvil al llegar al patio central de una construcción que parecía ser un castillo—. Tiene que haber alguien. Este parque está en buenas condiciones.

—Casi nadie vive fuera de una reserva —replicó John en tono razonable—. Es muy incómodo pasarte toda la vida poniéndote un *antirrad*⁶ cada vez que quieras

⁶ Traje de antirradiación usado por los humanos para salir fuera de las reservas. Debido a la alta radiación solar recibida, ningún ser vivo puede vivir expuesto a la luz del sol. Se necesitan trajes protectores.

salir de casa.

—Pues está claro que nos hemos encontrado con unos de esos «casis».

Iris se levantó de su sitio y fue a la parte trasera en busca de su *antirrad*. Constaba de una pieza corporal que se unía con cremallera al frente y, sobre ella, una tira del mismo material especial del traje la cubría evitando que la radiación pasase por los agujeros de la cremallera. Algo característico de la radiación ultravioleta era su actividad nociva en superficie; por tanto, mientras no se entrara dentro de su radio de acción, no se sufrían sus efectos. Además, el traje también protegía contra los cambios de temperatura propios de las zonas expuestas. Debido a la falta de una atmósfera consistente, fuera de las reservas la radiación se disipaba hacia la atmósfera tan rápido como llegaba lo que confería a esos lugares unas diferencias térmicas considerables entre el día y la noche.

Iris se puso el traje y después el casco. El visor era semitransparente y protegía de los rayos a la vez que permitía la visualización del exterior. Una vez preparada, se acercó a la puerta lateral.

—Cuidado, cielo, ponte a este lado, no vaya a ser que te dé la luz.

Faith se movió de lado y Iris salió del vehículo rápidamente.

Lo primero que vio fue una zona deshabitada. Y lo que más le extrañó fue el poco calor que notaba pasar hacia el traje. El *antirrad* llevaba incorporado un sistema de refrigeración para cuando se recalentara por la radiación. Si éste fallase, no se moriría de una contaminación radiactiva pero sí asfixiado de calor por la radiación incidente. Y de momento, ese sistema no iba a ponerse en marcha.

John y Faith salieron del vehículo con sus respectivos *antirrad*. Iris suspiró al verles; debería haberles dicho que permanecieran en su sitio esperando.

—¿Por qué no os habéis quedado dentro? —La voz salió algo distorsionada por el comunicador externo.

—¿Y perdernos la acción? —Esa voz salió del traje de John.

—¿Qué acción? —replicó Iris con un gesto de las manos abarcando su alrededor—. Esto está más muerto que un cementerio. Voy a llamar a la puerta a ver si de casualidad nos contestan las ratas —añadió sarcástica.

Iris observó atentamente el lugar intentando hacer un reconocimiento de la zona. Daba la sensación de que hasta hacía poco había habido gente allí pero de repente, todos hubieran desaparecido. Se dirigió hacia el edificio principal que se erigía entre algunas cuantas casas. Era un edificio de dos plantas y dos torreones. En ellos se blandía lo que parecía un escudo de armas y no estaban abandonados.

La estructura del edificio se veía sólida. Estaba construida en piedra y había algunos huecos de ventanas dispersos por la fachada. Eran estos huecos los que le habían sugerido que hubiera dos plantas además del piso bajo, pero por la altura, habría jurado que había algún piso más. Debían tener techos altos.

La puerta principal era enorme y, por el aspecto, tenía que costar moverla. Era de auténtica madera por lo que alguien se había gastado una fortuna en ella. Sólo unos pocos privilegiados —y muy adinerados— podían permitirse tener muebles fabricados con madera en la actualidad.

Ocho peldaños constituían la escalinata de la entrada. Iris los subió con la intención de tocar a la puerta. No había timbre en ningún lado, pero si aquél era un parque temático que representase un pueblo histórico estaría fuera de lugar. Tampoco había un cordón para llamar ni una aldaba. La única forma de poder hacerlo parecía ser con el puño.

—¿Hola? —Iris golpeó con fuerza la puerta—. ¿Hay alguien ahí? Nos hemos perdido... aunque parezca imposible —masculló entre dientes la última frase—. ¿Podrían decirnos dónde estamos?

No obtuvo contestación. Se giró para ver lo que hacían John y Faith. Esta última indagaba en las proximidades y John giraba sobre sí mismo observando la zona. Pero era algo normal si se tenía en cuenta que el pueblo realmente estaba muy bien ambientado, lo cual llamaba la atención de cualquiera.

—¿Hola? —volvió a intentar. Cuando siguió sin respuesta, Iris se giró y bajó las escaleras de piedra—. Os lo dije: en este pueblo no hay nadie.

—Pues aquí hay ropa tendida al sol —comentó Faith señalando hacia un lateral de una casa. Desde su posición, el lugar que indicaba Faith estaba oculto por la casa.

—No fastidies. ¿Al sol? —John se acercó allí con celeridad—. No me lo puedo creer —confirmó con tono incrédulo una vez llegó—. Ésta es la reserva más avanzada de la que tengo conocimiento, ¿y se desperdicia en un parque temático?

—Míralo por el lado práctico. Te muestran cómo vivían realmente nuestros antepasados: bajo el sol —comentó Iris mientras se aproximaba a los otros dos—. Faith, ¿puedes ir por el medidor y ver la radiación que llega?

La niña asintió y salió corriendo hacia el aeromóvil.

—Si esto es una reserva, es impresionante.

—Ni que lo digas —expresó Iris sorprendida—. Podrías caminar al sol y no bajo unas luces artificiales que lo simularan. ¿Te has fijado en el calor que se filtra por el traje? —John afirmó con la cabeza haciéndole saber que él también se había dado cuenta del detalle—. Mi traje ni siquiera ha puesto el sistema de refrigeración en marcha.

—El mío tampoco.

—Estamos en una reserva —dijo Faith en voz alta para que los adultos la oyeran. Tenía el medidor en una mano pero miraba hacia el camino.

—¿Los niveles son bajos? —le preguntó su tío.

—No lo sé, aún no lo he conectado. Pero mirad.

Faith señaló hacia donde miraba y por donde venía una chica que parecía observar su alrededor confundida. No debía pasar de los catorce años y la ambientación del vestuario era impecable. Parecía sacado de una película histórica. Y eso sin contar el hecho de que iba perfectamente maquillada para mostrar una piel blanca.

—Hay que ver cómo se trabajan la ambientación en estos sitios —comentó John sorprendido—. Incluso a ti se te nota el maquillaje y eso que es para pasar de piel blanca a morena, no digamos lo que se nota cuando es para aclarar la piel. Y el

suyo es extraordinario.

—Hombre, gracias por la crítica. —No sabía si sentirse ofendida o no, pero ganaba algo más la primera opción.

—No te sientas mal —intentó consolarla John al ver que a su amiga le había molestado el comentario—. Cuando te maquillas, das la apariencia de una mujer que simplemente se ha maquillado para homogenizar el color de su piel, no para cambiárselo. Lo inverso se nota mucho a menos que lleves una máscara de maquillaje. Y eso son muchas horas de proceso con un profesional.

—Más te vale —se quejó ella—, me lleva un montón de tiempo conseguirlo.

Iris se movió en dirección a la joven que venía por el camino y que parecía algo distraída observando a su alrededor.

—¡Ey, chica! ¿Puedes ayudarnos? —La aludida miró en su dirección, se horrorizó al verla y, soltando un grito desgarrador, salió corriendo en dirección contraria—. ¡Espera!

John corrió tras ella y fue entonces cuando se desató el caos. Una puerta cercana se abrió y salió una mujer gritando. A continuación, otras puertas de casas cercanas y la puerta principal del castillo se abrieron y aparecieron aproximadamente otras diez mujeres más chillando. Y como si de un efecto retardado se tratara, detrás les siguieron unos quince hombres. Éstos no gritaban pero se acercaron rápidamente con una evidente actitud combativa.

La mujer que había salido primero llevaba un palo grueso en las manos y gritaba en un idioma que no entendían. Antes de darse cuenta, la mujer había golpeado a John en el costado y le había hecho encogerse de dolor. Después se giró hacia Iris, la cual adquirió una postura de defensa y le advirtió:

—Yo que tú no haría eso, señora. O te meteré ese palo por un sitio que iba a dolerte.

La mujer retrocedió temerosa agarrando con más fuerza el arma improvisada.

—No puedes hacernos daño a todas a la vez, demonio inglés.

—Dejad lo que estéis haciendo. No nos importa el aspecto que tengáis, demonios: os echaremos de aquí igualmente.

El inglés era muy cerrado y le había costado entenderlo. Además, tanto la mujer como el hombre que les habían hablado, lo habían hecho a la vez. Todas las personas que se mostraban ante ellos, exceptuando la mujer, estaban a unos cuantos metros de ellos más o menos dispersos a su alrededor y muy bien ataviados con vestimentas antiguas, pelucas por doquier, lentillas perfectas, y el maquillaje más impecable conocido. En sus rostros se veía temor, pero eran mayor número y eso les daba confianza.

—¡Sólo queremos saber en qué reserva estamos!

—No le escuches, Iain. —Un hombre alto de cabellos morenos le habló a otro de las mismas características. Todo indicaba que eran familiares—. Los demonios adoptan muchos aspectos.

—Esto no es ninguna reserva —dijo la mujer de antes—. Demonio, márchate, nuestro clan ya ha sufrido bastante.

—¿Estáis de broma? —Iris estaba estupefacta por las dos conversaciones. ¿Demonios? ¿Que esto no era una reserva? ¿Y qué hacían todos sin un *antirrad*, entonces?

—Estáis acorralados, no podréis contra todos nosotros a la vez —instigó de nuevo el hombre.

—Llevaos la máquina infernal que habéis traído —dijo la mujer.

Cada uno hablaba de una cosa distinta y seguían haciéndolo simultáneamente.

—De uno en uno, por favor —les interrumpió Iris para poner algo de orden. No se estaba enterando de nada—. Primero, nos hemos perdido y sólo queríamos que nos dijeran dónde estamos. Segundo, esa mujer —Iris señaló a la dueña del bate improvisado que les había atacado—, nos ha golpeado sin motivo. Tercero, ¿se puede saber por qué nos estáis llamando demonios? Los únicos demonios que hay aquí sois vosotros que ni siquiera os habéis dignado a ayudar a unos viajeros perdidos. Cuarto...

—¿No sois demonios? —cuestionó el hombre de cabellos morenos de antes.

—¿Estás loco o qué? —Esa gente tenía que estar fumada o algo por el estilo. ¿Qué pregunta era ésa?—. ¡Por supuesto que no!

—¿Con quién hablas? —La mujer parecía aturdida.

Entonces Faith gritó mientras caminaba hacia atrás hasta chocar con el coche.

—¡Son fantasmas! —exclamó horrorizada—. ¡Es un pueblo fantasma!

—¿Qué dices? —le preguntó John que ya se estaba recuperando del golpe.

—Ese... ese hombre, la ha... la ha... atravesado. —Su voz aterrorizada se dejaba entrever incluso con la distorsión del comunicador.

—Pues para ser fantasmas dan golpes muy reales. —John seguía enfadado y, para ser justos, tenía sus razones. Había tenido que dolerle ese golpe.

—Faith, no existen los pueblos fantasma —dijo Iris conciliadoramente.

—Te digo que se han atravesado.

—¿Faith? —inquirió uno de los hombres—. ¿Y sigues negando el ser demonios? Sólo un demonio podría presentarse ante nosotros llevando ese nombre.

—¿No has conocido a ninguna persona con el nombre de Faith? —Iris silbó—. Chico, no has visto mucho mundo, ¿eh?

—¡Iris! —exclamó Faith desesperada—. No es momento para sarcasmos. ¡Que la ha atravesado!

Iris resopló exasperada con todo ese asunto.

—¿Por qué no empezamos de nuevo? —sugirió al ver que no llegaban a ninguna parte, y después habló hacia nadie en particular—. Estábamos de visita en Galeland, aunque por problemas técnicos, hemos acabado aquí. Pero no sabemos dónde es «aquí». ¿Qué reserva es ésta?

—¿Cómo puedes hablarnos a nosotras y a ellos y seguir diciendo que no sois demonios? —volvió con lo mismo otra mujer.

Iris se llevó una mano a la frente, pero el gesto quedó frustrado por el casco del *antirrad*. Se giró hacia John.

—¡Menuda mierda! —intentó susurrar para que no la escucharan, pero el intercomunicador se lo impidió y se oyó con claridad—. Hemos caído en una secta. —Se volvió hacia ellos—. Mira, no queremos problemas, vosotros a lo vuestro. Sólo queremos saber qué reserva es ésta y largarnos.

—Esto no es una reserva, son las tierras de mi clan.

Iris maldijo en alto y se dirigió hacia Faith que seguía encogida contra el aeromóvil. Le quitó el medidor y lo conectó. La lectura que vio era la más baja que había visto en su vida.

—¿Este trasto también se ha estropeado o qué? —Le dio un par de golpes y lo puso en modalidad de superficies para medir la radiación del aeromóvil. El ruido hizo que algunos de los presentes se echaran hacia atrás. Iris sacudió la cabeza un momento y pasó el medidor al ras del aeromóvil.

Le dio la lectura habitual.

—Parece que ya está bien. —Volvió a cambiarlo a modalidad atmosférica y le salió el mismo valor que antes. Iris silbó—. Vaya, vaya... Esto sí que es un avance.

—¿El qué? —preguntó John.

—Así que esto no es una reserva, ¿eh? —se burló Iris del hombre mostrándole el número que aparecía en el medidor. Después, contestó a la pregunta de John que había ignorado por unos instantes—. No sólo han creado una reserva «transparente», sino que tiene las lecturas de radiación más bajas en siglos. Es una zona segura, chicos.

—Genial —se entusiasmó John—. Esto quiero experimentarlo. No todos los días puedes sentir la luz del sol mientras lo ves encima de ti sin un *antirrad*.

—¡Tío, no! —se horrorizó Faith—. Tenemos que meternos en el aeromóvil y marcharnos de aquí cuanto antes.

—Tranquila, Faith, no pasa nada —intentó calmarla, cosa que no consiguió.

John se quitó el casco y hubo un jadeo colectivo entre las mujeres. Una incluso se desmayó. Iris se rio de la sorpresa.

—Nunca he negado que seas atractivo, John, pero que se desmayen a tus pies, decididamente, no es algo habitual —se mofó.

Por fin, otra mujer que estaba al lado de la desfallecida, reaccionó y se ocupó de ella.

—Eres un hombre —susurró la mujer agresora.

Iris se echó a reír a carcajadas mientras se quitaba su casco también.

—Oh, esto es muy bueno. Verás cuando cuente en el trabajo que pensaban que eras una mujer incluso llevando un *antirrad* masculino. Esto durará semanas.

—Ni se te ocurra —la amenazó.

Pero cuando Iris miró a las personas a su alrededor, exceptuando que ninguno se desmayó, la miraban a ella con la misma incredulidad que las mujeres mostraban hacia John.

—¿Qué pasa? ¿Tengo algo o qué? —preguntó Iris a la defensiva.

El hombre que había sido llamado Iain por el instigador dio un paso adelante y volvió a pararse. Era un hombre que imponía con su simple visión. Se veía por sus

músculos un duro entrenamiento pero no del tipo habitual al que ella estaba acostumbrada. El cuerpo de este hombre gritaba fuerza por todos los poros, lo que dejaba colgando la teoría de los actores para el parque. O se habían esmerado con el casting realizándolo en un gimnasio, o esa gente había sido fortalecida con un entrenamiento intensivo.

Iris recorrió con la mirada a los hombres que había allí. Aun siendo cada uno de distintas apariencias, tenían algo en común: la palabra «peligro» dibujada en la frente. Iris volvió su mirada a Iain. El hombre tenía el pelo tan oscuro como el del hombre a su lado. Y ahora que no tenía que ver a través del visor, podría asegurar que eran hermanos. Su parecido era bastante notable.

La mayor diferencia la presentaban en sus ojos. Los de Iain eran de un color azul intenso, pero perfectamente delimitados por una tonalidad más oscura. Un color que no se conseguía ni con las mejores lentillas. De verdad que sentía una curiosidad insana por saber quién era el estilista de esa gente y de dónde sacaban todos los complementos para la ambientación.

Por otro lado, el supuesto hermano instigador los tenía marrones de una tonalidad de tendencia clara, raros, sí, pero había gente que los tenía de forma natural, y en su caso, contrastaban con su cabello oscuro. Ese tipo de contraste le recordó a Sara.

—Puedo verte. —Iain volvió a avanzar hacia ella y no parecía darse cuenta de que iba a pisar a la mujer desmayada.

—Cuidado que vas a... —Soltó un jadeo y pudo oír cómo John se quedaba sin aliento. También oyó un «*os lo dije, son fantasmas*» por parte de Faith—. ¿Y vosotros nos llamabais demonios?

Iris se alejó de él hacia atrás en dirección al aeromóvil.

—No te acerques —exigió. El hombre se paró en el acto—. ¡Acabas de pasar por encima de esa mujer!

Iain ni siquiera se giró para mirar.

—A ella no puedo verla y no le he hecho daño.

—Creo... —dudó John—. Creo que será mejor que nos vayamos, ¿verdad Iris?

—Sí, yo también lo creo.

—No podéis iros... Iain, no pueden marcharse. —Otro de los hombres habló. Era algo más bajo que Iain y su hermano, pero igualmente musculoso. También parecía más mayor que ellos, pero tenía más aspecto de haber envejecido mal, que de tener muchos años.

Después de intercambiarse unas frases en un idioma que no pudieron entender, Iain asintió a las palabras del hombre al igual que algunos más de los que estaban por detrás.

—Dijisteis que estabais perdidos.

—Nos encontraremos —replicó rápidamente John.

—Podríais descansar de vuestro viaje aquí.

—Creo que mejor seguiremos —contestó John.

—¿Pero qué demonios os ha pasado? —Apenas lo había susurrado pero

consiguió que una buena parte de la audiencia se girara hacia ella. El resto lo hizo al ver que la conversación estaba en otras manos.

Después del susto inicial y la reacción natural de querer escapar de allí, Iris se había dado cuenta de algo: las mujeres no se atravesaban entre sí. De hecho, la mujer que intentaba reanimar a la desvanecida tenía la cabeza de ella en su regazo.

Y puesto que podía ver a los hombres interactuando entre ellos igual que las mujeres con ellas mismas, estaba segura de que sería la misma situación para los hombres.

Pero, y aquí venía lo más curioso, por alguna razón ellas no parecían ni verles ni oírles y lo mismo les pasaba a los hombres con las mujeres.

—No sois fantasmas, ¿verdad? —siguió—. Para empezar no sois translúcidos. Ya sé que eso podría ser simplemente un tópico, pero al menos eso no lo cumplís. Y para continuar, ¿los fantasmas tienen restricciones sobre qué otros fantasmas pueden ver?

Hubo un silencio generalizado sólo roto por la pregunta de John.

—¿Qué quieres decir?

Iris soltó un suspiro satisfecho.

—Fíjate bien, John. Siento desilusionarte pero esa mujer no se ha desmayado por tu deslumbrante presencia —contestó con sarcasmo—. No pueden verse ni tocarse. Las mujeres no pueden interactuar con los hombres, al igual que ellos no pueden interactuar con las mujeres.

—Lo que estás diciendo es una estupidez.

—Desde que hemos llegado hemos mantenido dos conversaciones distintas: la que hemos mantenido con ella —señaló a la mujer agresora—, y la que hemos tenido con ellos. No se han hablado en ningún momento, ni tampoco se han visto. Actúan como si no estuvieran los otros. Y lo más fuerte es que ni siquiera pueden tomar contacto entre ellos. Por eso se han atravesado. ¡Esto es lo más increíble que he visto en mi vida!

—No, te has vuelto loca —concluyó él.

—Eres una mujer muy observadora —comenzó Iain—. Has resumido bastante bien nuestra situación sin ayuda.

—Me temo que no se ha vuelto loca, señor. Lo que nos pasa es bastante aproximado a lo que ella ha dicho —dijo la mujer que sujetaba a la desvanecida.

La confirmación hizo asombrar más a Iris. Pensar algo absurdo y que te lo ratifiquen, eran dos cosas distintas. Estaba estupefacta porque realmente les hubiera pasado algo tan inverosímil.

Y ése fue el preciso momento en que dedujo que tenía que estar soñando. Seguro que aún seguían de viaje hacia Galeland. Era un sueño muy extraño y no tenía pinta de ser una nueva precognición. Nunca era consciente de estar en ellas cuando las soñaba.

Bajó la cremallera del *antirrad* y sacó uno de los brazos para pellizcarse con fuerza en la cara.

—¡Au! —se quejó. Eso había dolido.

—¿Qué haces, Iris? —preguntó John como si se hubiera vuelto loca de verdad.
—Descubrir si estoy soñando. —Se frotó la zona para disipar el dolor.
—No estás soñando —dijeron el hombre y la mujer a la vez.
—¿Lo has visto? —señaló ella—. Mi teoría parece sostenerse. No se oyen. Los dos te contestan porque no saben que el otro ya lo ha hecho. —Luego les miró otra vez—. Esto no puede ser real.

Faith aprovechó ese momento para quitarse el casco y acercarse a su tío. Aún algo temerosa, se cogió de su brazo.

—¿No son fantasmas? Entonces, ¿cómo les ha podido ocurrir algo así? Es horrible.

Cuando Faith hizo mención a ello, por la mente de Iris se filtraron las verdaderas consecuencias de esa situación. Estaba tan ensimismada con la inverosimilitud del problema, que no se había fijado en el horror de las circunstancias en las que vivían. No poder ver a tus familiares, ni amigos, no poder tener contacto con nadie del otro sexo... Era un drama humano.

—Sí, cielo, por supuesto que es horrible. —Iris quedó pensativa estudiando el problema—. Y sinceramente, me encantaría saber cómo han llegado a este punto y si hay alguna forma de solucionarlo. Pero imagino que los mejores científicos del planeta ya habrán estudiado este asunto y si siguen así, es porque no tiene mucha solución. Seguro que han sido víctimas de algún experimento de su gobierno —especuló—. ¿Quién sabe? Quizás sean los efectos de intentar convertir a un grupo de personas en actores aptos para trabajar en este parque temático, aunque se han pasado siete pueblos para algo tan trivial como eso. Pero no me explico otra cosa —finalizó con un encogimiento de hombros.

—Os contaremos todo si nos acompañáis en el desayuno y vosotros podréis contarnos el por qué de vuestra apariencia y... —Iain dudó pero acabó señalando al aeromóvil— eso.

—Lo siento, pero tenemos que marcharnos. Mi hermano y mi cuñada nos esperan y se preocuparán si no llegamos. ¿Podrías decirnos hacia dónde queda la reserva Galeland?

—Nunca he oído hablar de un lugar llamado así.

—¿Cómo no vais a haberlo oído? —Iris frunció el ceño por su respuesta—. No puede haber más de tres o cuatro reservas en muchos kilómetros a la redonda. Tenéis que saber dónde están.

—¿Te refieres a clanes? —probó el hermano de Iain.

—¿Clanes? No, no... reservas —afirmó ella—. Como ésta. Una zona donde no te afecta la radiación solar —terminó señalando de nuevo el medidor.

Se hizo un silencio incómodo entre todos los presentes.

—Muchacha, puedo asociar algunas de las palabras que dices por el contexto, pero en otras no te entiendo —empezó a decir Iain—. Has dicho algo del sol, pero no encuentro un símil.

—Radiación —vocalizó Iris separando las sílabas—. Ya sabes, te da el sol y acabas muerto por radiación si no estás en una zona protegida —dijo como si el

hecho fuera lo más corriente del mundo.

—¿Morirte por el sol? —cuestionó con incredulidad una voz por detrás—. ¿Dónde has oído semejante aberración?

—¿Pero qué pasa con vosotros? —intervino John—. ¿Os metieron aquí y os creéis que vivís en el siglo XV?

—XIV —corrigió el mismo hombre.

—Sí, bueno, me da igual el siglo que os hayan dicho que representéis. Pero ahora no estáis en uno de vuestros espectáculos.

—Nadie puede elegir en qué siglo vivir. Simplemente, naces en él. —Iain parecía aturdido por la pregunta, pero luego reaccionó a las otras palabras de John—. Y nosotros no hacemos espectáculos para entretener a los demás —replicó Iain en tono helado—. Mis hombres se entretienen machacando a gente como tú.

—Tío, ¿y si dice la verdad? —Faith le agarró más fuerte del brazo.

—Cariño, claro que no —habló con suavidad para tranquilizar a su sobrina—. Este hombre no está en su sano juicio. Añade a lo anterior que les han lavado el cerebro.

—No, tío. Recuerda lo que nos pasó en Evergreen. El edificio de vuestra misión tuvo problemas y recordad para qué estabais allí.

Tanto John como Iris perdieron el color del rostro cuando recordaron que habían ido a Evergreen para destruir una máquina del tiempo. A Iris incluso se le paró el corazón sólo de pensar en esa posibilidad que acababa de lanzarles Faith a la cara. Ni siquiera sabía cómo se le había podido pasar ese factor por alto a la hora de evaluar lo que les sucedía, sabiendo de antemano para qué habían viajado allí. La única explicación que se le ocurría era que las consecuencias de esa hipótesis eran tan dramáticas para ellos que su cerebro había preferido desecharlo que enfrentarse a esa posibilidad.

—Ah, no... de eso nada —negó Iris. Se separó de los demás y con movimientos nerviosos de sus manos empezó a pasearse de un lado a otro sin querer atender a la magnitud de esa posibilidad—. No, no, no... eso no puede ser Faith. No podemos estar en el pasado.

Tenía que haber otra explicación para todo aquello. ¡Tenía que haberla! No quería ni empezar a imaginar que realmente estuvieran en el pasado. Iris miró hacia John el cual, incapaz de articular palabra, miraba a su sobrina con la cara desencajada por el horror.

—¿Y por qué no? Estamos bajo el sol sin caer fulminados por la radiación. Nos encontramos un bosque al girar la calle y la ciudad desapareció poco después de llegar. Además, ¡Emma no se encuentra! ¡Y mira todo este sitio y cómo van vestidos ellos! ¡Parece sacado de un documental de historia!

Faith acabó gritando su alegación. Pero, decididamente, este tema era para poner nervioso a cualquiera.

—Que no, Faith. La máquina tiene una cámara que es la que te hace viajar, ¡no toda la maldita calle!

—Quizás tuviera algo que ver en ello el hecho de que los cristales salieran

disparados —intervino John uniéndose a la postura de Faith tras salir de su estado catatónico. Se pasó las manos por el pelo—. Debieron de tener algún fallo en la contención de la máquina. Algo que hizo que el efecto del agujero abierto abarcara toda la zona y se transportara. Si ellos no son actores de un parque temático, no queda otra explicación. —Levantó la vista y contempló su alrededor—. ¡Dios, Iris! Mira este sitio... Éste no es nuestro tiempo —concluyó.

—Esto no puede estar pasando. —Era negación pura y dura; más por cabezonería que porque realmente lo pensara así. Las pruebas respaldaban la teoría de Faith.

Iris se acercó a la persona que más próxima tenía: Iain. Le cogió del brazo y se puso a frotar con sus dedos intentando correr el maquillaje.

—¿Qué haces? —preguntó Iain confundido.

—Son blancos. —Iris caminó hacia atrás separándose de Iain—. Esto no nos puede estar ocurriendo. Me despertaré en mi cama y después os llamaré para reírnos de este sueño.

—¿Sí? Pues ya verás lo poco que te vas a reír cuando tú me lo cuentes y yo te diga que he soñado lo mismo —gimió John.

—Se me está revolviendo el estómago.

Iris apoyó la frente contra la parte lateral del aeromóvil intentando controlar la respiración. No mentía al decir que se le estaba revolviendo el estómago. Si aquello era verdad —y todo apuntaba a que lo era— no podía ni empezar a imaginar cómo saldrían de aquélla.

—A mí también —dijo John.

—¿En qué año estamos? —preguntó Faith.

Iain había intentado seguir la conversación. Para su total asombro, esa gente parecía estar discutiendo la posibilidad de haber saltado en el tiempo. Les hubiera llamado dementes si no fuera porque su clan vivía una situación tan surrealista como ellos. Después de lo que habían vivido durante seis años, ya nada podía sorprenderle.

—En 1326 —contestó Iain.

Lo único que se oyó tras eso, fue a Iris maldecir.